

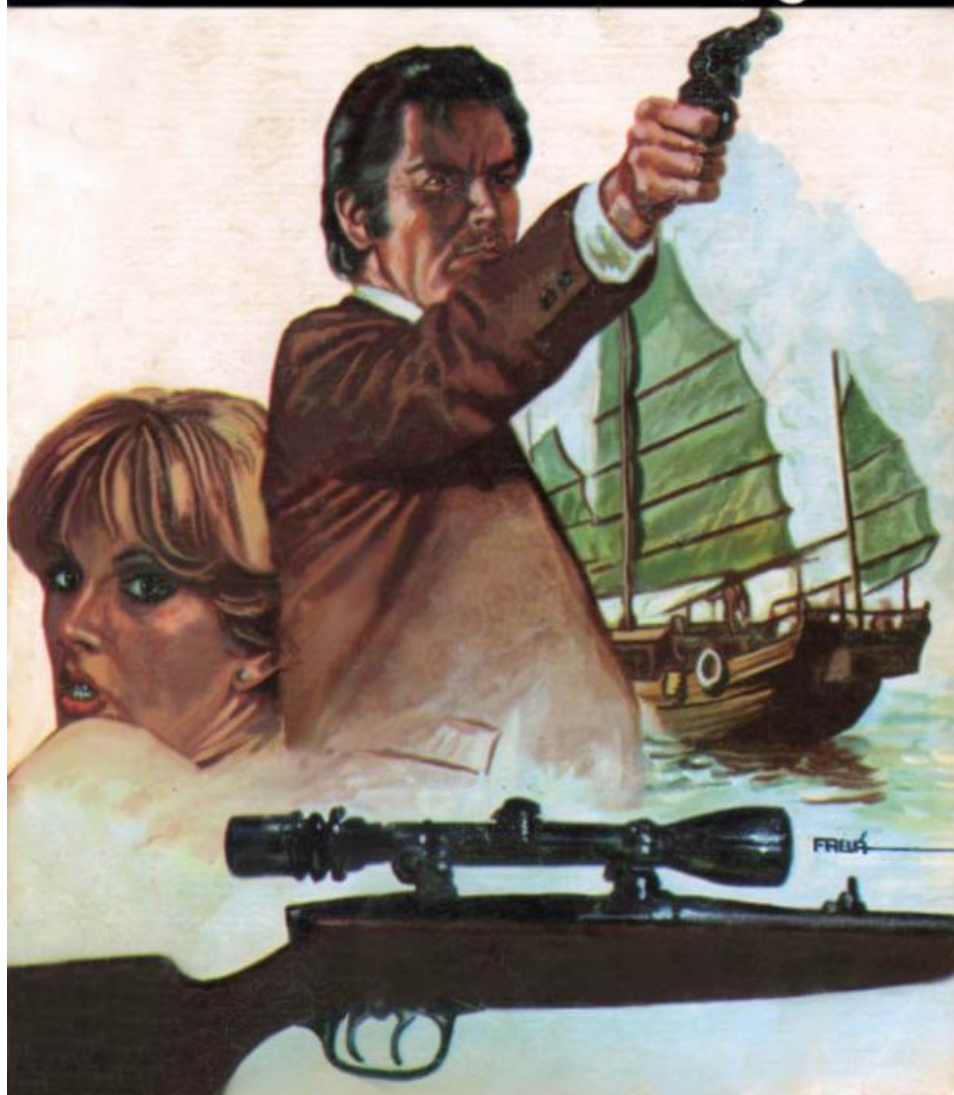
BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

HONG KONG: IDA Y VUELTA

Lou Carrigan



SS

SERVICIO SECRETO



**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

- En Colección LA HUELLA:**
140 — Tempestad en un vaso de agua.
- En Colección BISONTE SERIE AZUL:**
359 — Jinetes en el cielo.
- En Colección ARCHIVO SECRETO:**
211 — Un palacio en las nubes.
- En Colección BUFALO SERIE AZUL:**
286 — Si vas por el camino del diablo.
- En Colección PUNTO ROJO:**
810 — Muñecos en manos de artista.
- En Colección SERVICIO SECRETO:**
1419 — Botín: un muñeco de nieve.

LOU CARRIGAN

HONG-KONG: IDA Y VUELTA

Colección

SERVICIO SECRETO n.º 1.422

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02513-7

Depósito legal: Bn 35.144 - 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: noviembre, 1977

© Lou Carrigan - 1977

texto

© Salvador Fabá - 1977

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1977

PRELUDIO

Kent Mayfair volvió vivamente la cabeza hacia la puerta del apartamento cuando sonó el timbre. Acto seguido, alzó su antebrazo izquierdo para mirar la hora en el reloj de pulsera.

—Caray... ¡Qué puntualidad! —masculló.

Echó un último vistazo en torno. Todo parecía estar en perfecto orden, todo dispuesto para la sesión. En el saloncito había solamente una luz encendida, la de una lámpara de pie, en un rincón, desde el que se expandía la tonalidad rojiza debido al color de la pantalla. A un lado, se veían unos cuantos almohadones. En el ambiente había un aroma suavísimo de incienso. Las cortinas de las puertas vidrieras de la terraza, desde la que se podía ver la bahía de Tokio, estaban corridas, así que nada del mundo exterior trascendía al interior del elegante apartamento en una de las más céntricas avenidas de la capital japonesa.

Todo perfecto.

Impecable.

Tranquilo a este respecto, Kent Mayfair fue a abrir. Cuando atrajo la puerta, había en su atractivo rostro la mejor y más cortés de las sonrisas.

—Buenas tardes, señorita Merton —saludó.

Frente a la puerta, Priscille Merton estuvo un instante contemplando con el ceño fruncido a Kent Mayfair. No había motivos, ya que Kent era todo un tipazo: alto, atlético, impresionante con la anchura de sus hombros, el corte aguilino de su cabeza, sus grandes ojos inteligentes, su boca viril, sus bellas manos fortísimas. Además, llevaba puesto sólo un ligero y cortobatín de seda, por cuya abertura pectoral se veía el abundante vello rizado. Terrible.

—Me disponía a marcharme ya, señor Mayfair... Creí que no estaba usted en casa.

—Santo cielo... —gimió Kent—. ¿Cómo ha podido pensar semejante cosa? Yo soy un hombre de palabra, señorita Merton.

—Sí, es evidente. Lo celebro.

—Además... —Kent la tomó suavemente de un brazo para hacerla entrar, y cerró la puerta—, ¿alguna vez he faltado a sus clases de yoga?

—Pues no... —tuvo que admitir Priscille—. Realmente, es usted uno de mis mejores y más conscientes alumnos, señor Mayfair.

—Muy amable. Lo cierto es que, como siempre, quería asegurarme de que todo estaba en orden para recibirla. ¿Observa usted algo que no esté correcto?

Priscille Merton echó un vistazo alrededor, y movió negativamente la cabeza.

—Todo está tan adecuado como siempre. Si le parece, podría empezar la clase cuando guste.

—Oh, por mí ahora mismo, desde luego.

—Muy bien.

La señorita Merton llevaba un pequeño y gracioso maletín de viaje, que depositó sobre un sillón. Kent sabía lo que seguiría a esto: ella abriría el maletín, sacaría una túnica blanca y se la pondría encima de sus elegantes y ligeras ropas estivales. Esto venía sucediendo hacía ya algunas semanas, y Kent Mayfair todavía no había tomado una decisión respecto a cómo le gustaba más la señorita Merton: ¿vestida a la americana, o ataviada con aquella blanquísima túnica que hacía resaltar sus negrísimos cabellos, sus sorprendentes ojos azules, su piel de terciopelo dorado...? Lo segurísimo era que, a juicio de Mayfair, la señorita Merton estaba como un tren, llevara lo que llevase puesto. Era la muchacha más elegante, delicada y educada que había conocido en toda su ya dilatada vida de aventurero trotamundos. Y encima de eso..., ¿era profesora de yoga! Ahí es nada...

—¿Me permite ayudarla? —se ofreció Kent, con su almibarada cortesía.

—La túnica apareció, y Kent la tomó, dispuesto a ayudar a Priscille Merton, pero ésta le hizo una seña de que esperase. Acto seguido, la señorita Merton procedió a desnudarse, hasta que, como

dicen los refinados franceses, estuvo a «poil», esto es, a pelo. Entonces se volvió hacia Kent, alzando las cejas, con gesto interrogante.

—La túnica, señor Mayfair.

Kent Mayfair había abierto la boca de tal modo que parecía que la agresiva punta de su barbilla fuese a llegarle a los pies de un momento a otro. Sus desorbitados ojos recorrieron de nuevo aquel paraíso visual, mientras su sangre circulaba por todo su cuerpo «a velocidad inadecuada», o sea, al borde del derrape, con peligro considerable de muerte. La señorita Merton estaba como un tren vestida de cualquier modo. Pero desnuda..., desnuda estaba como..., como...

—¡Señor Mayfair!

—¿Eh? —Pegó un grito Kent—. ¿Qué? ¿Qué pasa?

—La túnica, por favor.

—¿La qué?

—La túnica.

—¿Qué túnica?

—La mía. La que tiene usted en las manos. Oh, vamos, no me diga que se ha impresionado por verme desnuda.

—Pu... pues... No, claro que no. Je, je... ¡Qué va!, ¡qué va! Lo..., lo que pasa es que... cómo es la primera vez que lo hace delante de mí, pues... Pero ¿yo impresionado? ¡De eso nada, de veras!

—Lo celebro. Hoy hace un calor terrible, y, puesto que en todo momento usted me ha parecido un hombre altamente evolucionado, estable y, por supuesto, civilizado, me pareció que esto no tendría la menor importancia.

—Ninguna, ninguna... ¡Qué va!

—Menos mal. No me habría perdonado nunca haber alterado su sistema nervioso.

—Nada, nada, no se preocupe, señorita Merton. A partir de ahora, usted puede desnudarse delante de mí siempre que quiera. Yo, de piedra.

—Celebro mucho oírle decir eso, detesto a los hombres que pierden el control de sí mismos por el simple hecho de ver un pecho de mujer, o cosas así.

—Sí, sí... Yo también los detesto. ¡Puaf! Son deleznales. Unos

cretinos, vamos. Al fin y al cabo, ¿qué son unos pechos de mujer? Pues ni más ni menos que unos pechos de hombre un poco más desarrollados... ¡Simples formas anatómicas!

—Exactamente —asintió la señorita Merton—. Bueno, cuando le parezca podemos empezar la sesión.

—La sesión..., ¿de qué? —Parecieron saltar los ojos de Kent.

—De yoga.

—¿De...? Ah, sí... ¡Toma, claro! Pues nada, nada, ahora mismo.

—Después de que me ponga la túnica, claro —sonrió Priscille.

—¿Quiere decir que vale la pena? Yo, de piedra, palabra.

—De todos modos, me pondré la túnica, si es usted tan amable.

Priscille Merton se volvió de espaldas y, por un instante, pareció que Kent Mayfair fuese a lanzarle un mordisco de vampiro a la nuca. Lo que hizo fue morderse los labios, y colocar la túnica en el cuerpo de la espléndida profesora de yoga, que se estremeció al notar los dedotes de él sobre su piel de terciopelo dorado.

—¡Qué fríos tiene usted los dedos, señor Mayfair!

—Sí... Je, je... Es que soy muy amable.

—¿Qué quiere decir? —Se volvió ella, sorprendida.

—Como usted ha dicho que tenía calor, pues he decidido convertir mis dedos en barritas de hielo, para refrescarla.

—Me gusta usted, porque...

—¡Pues anda que usted a mí...!

—... Porque es simpático, iba a decir. Bien, señor Mayfair, vamos allá.

—¿Adonde? —saltó Kent.

—A sentarnos, para comenzar a concentrarnos.

—Ah, claro... Bueno, señorita Merton, la verdad es que yo tenía una sorpresa para usted, pero...

¡Triliiiiinnngggg!, sonó el teléfono.

—... Pero en estos momentos ni siquiera la...

—Está sonando el teléfono —dijo Priscille.

—Para eso está, para sonar. Como le decía...

—Sería conveniente que atendiese la llamada, pues de otro modo quizá insistan más tarde, cuando estemos en plena meditación, y eso sería muy desagradable.

—Cierto. Con su permiso.

Kent Mayfair fue hacia el teléfono, y descolgó el auricular con

un furioso manotazo.

—¡Diga! —Gruñó.

—¿...?

—¡Claro que soy yo! ¿Qué ocurre?

La expresión de Kent Mayfair cambió bruscamente. Se quedó un instante sorprendido, y luego serio, frunciendo el ceño de nuevo.

—Léamelo.

—Gracias. No, no hay respuesta.

Colgó, quedó pensativo, todavía con la mano sobre el auricular, y finalmente se volvió hacia Priscille, que estaba sencillamente encantadora, y mirándolo expectante. Pero él no la miraba a ella, sino que parecía mirar a través de ella. De pronto, echó a andar y pasó junto a la muchacha, camino del dormitorio. En la puerta de éste, se volvió, con el gesto de quien ha olvidado algo, y entonces sí la miró.

—Ah, señorita Merton, muchas gracias. Discúlpeme, pero hoy no vamos a poder dar nuestra clase de yoga.

—¿Ocurre algo malo, señor Mayfair?

—No, no... Simplemente, tengo que marcharme de Tokio ahora mismo.

—Oh —palideció Priscille.

—Cosas de la vida. ¿Cuento con su comprensión?

—Sí... Naturalmente. Pero... ¿volverá usted, señor Mayfair?

Kent Mayfair apretó un momento los labios, que parecieron entonces un duro cepo de piedra.

—Me gustaría —murmuró—, pero de ninguna manera podría asegurárselo. Por si no volvemos a vernos, sepa que ha sido un verdadero placer conocerla.

Bu... bueno... —casi tartamudeó la muy ecuánime profesora de yoga—. Espero que..., que todo le vaya bien, señor Mayfair... Me gustaría... saber dónde va a estar usted... Lo digo para... enviarle una postal por Navidades, o así...

Kent Mayfair movió negativamente la cabeza.

—Adiós, señorita Merton —murmuró con tono sombrío.

CAPÍTULO PRIMERO

El hombre gritó:

—¡Lo he dicho mil veces...! ¡No sabe usted borrar huellas, su rastro es muy fácil de seguir, Ferlinghe!

Fueron unos gritos roncós, desesperados. Unos gritos que normalmente no hubieran sido reconocidos como propios por el hombre que los había proferido. Pero las circunstancias eran muy especiales, aquel hombre estaba atravesado en varias partes de su cuerpo por finísimas agujas de bambú. Más que un hombre, era un guiñapo casi desnudo, lleno de sangre, demacrado, con los ojos hundidos, enrojecidos, la boca torcida en una mueca agónica.

Sus gritos rebotaban por aquellas paredes una y otra vez. Y eran escuchados en receloso silencio por tres hombres.

Por fin, se oyó la voz de uno de ellos:

—Entonces, Nelligan, ¿puede decirse que se trata de un fallo por mi parte?

—Sí... —jadeó Nelligan—. Ya lo he dicho... ¡Acaben de una vez!

Nelligan estaba colgado cabeza abajo. De vez en cuando, una gota de sangre resbalaba de algún punto de su rostro, y bajo la cabeza se había formado un charquito de sangre.

El hombre que había hablado miró a los otros dos.

—¿Qué opináis? —murmuró.

—Puede que esté diciendo la verdad, señor Ferlinghe —dijo, sin vacilar, Jan Verwoerd.

Inmutable el rostro, el señor Ferlinghe miró al tercer hombre, a un tipo pelado, de cara amarillenta, de indescifrable expresión.

—¿Ma-Tsein? —inquirió.

—Ya lo dije: algo no funcionaba bien. Era simple instinto. La prueba fue positiva, por lo menos en buena parte, pero he aquí que

hemos descubierto el fallo que yo presentía.

Hubo un leve fruncimiento de ceño por parte del señor Ferlinghe.

—Bien... —dijo—. Parece, pues, que estamos todos de acuerdo en que Nelligan está diciendo la verdad. Hemos dejado un rastro.

Miraron, con expresión grave, a Nelligan. Sin duda, el señor Ferlinghe, Verwoerd, y Ma-Tsein, se estaban preguntando lo mismo: ¿acabaría todo con la desaparición de Nelligan, el hombre que había descubierto aquel rastro, que había seguido aquella pista?

Como respondiendo a la muda interrogante general, Verwoerd murmuró:

—Habrá que tomar medidas de seguridad en lo sucesivo, señor Ferlinghe. Me siento a cubierto, pero creo que confiarnos, tras estas circunstancias, sería como decapitarnos.

—Muy cierto, Verwoerd. Se tomarán esas medidas, y ojalá no sea necesario emplear ningún medio defensivo. No conviene que nos asustemos, pero un exceso de confianza sería más grave aún.

—Estoy de acuerdo —dijo Ma-Tsein.

Ferlinghe le dirigió una rápida mirada. Dio la impresión de que le importaba muy poco que el pelado y flaco oriental estuviera o no de acuerdo. Ma-Tsein, eso sí, tenía en su haber el éxito conseguido con Nelligan, un hombre que se había mostrado muy duro desde el principio. Ma-Tsein, con inteligencia, haciendo daño a agotadoras, enloquecedoras dosis, había conseguido extraer la confesión a Nelligan. Pero era todo. Ma-Tsein no pintaba allí nada más. Y lo mismo podía decirse de Verwoerd. Lo mismo el oriental que Verwoerd tenían la misión, prácticamente, de ser un eco de los pensamientos del amo y señor, Ulrico Ferlinghe.

Ulrico Ferlinghe era un hombre alto, ligeramente encorvado, tenía el cabello castaño, bastante largo, llevaba una descuidada barba, y miraba como si fuese miope, con obsesiva fijeza a veces. Su traje blanco presentaba algunas huellas de descuido.

Verwoerd y Ma-Tsein estaban esperando órdenes, a juzgar por su actitud a la expectativa. Y por fin Ferlinghe dijo:

—Acabemos. Ya sabéis.

Sin una palabra más, abandonó aquella estancia, gris y desnuda, utilizando un tabique corredizo. Apareció entonces en un corredor que era la antítesis del anterior aposento. Un corredor que

comunicaba con estancias lujosas, con mármoles, apliques dorados en las paredes, con un mosaico brillante, magnífico. Un corredor que conducía a su habitación preferida: al lugar donde había mullidos sillones, dos arañas en el techo, alfombras, el gran ventanal con doble puerta que daba acceso a un pequeño jardín privado, con piscina. Una piscina que sólo podía ser utilizada por el propio Ferlinghe..., y alguien más.

Ferlinghe quedó bajo el umbral de aquella doble puerta cristalera, mirando hacia la piscina.

El calor, en aquel rincón de la moderna

Hong-Kong,

colina arriba, resultaba sofocante, parecía que los rayos solares se detenían en aquel lugar apacible, con bellas flores, orquídeas predominantemente. Orquídeas reales, que eran como un marco para la mujer que se estaba bañando en la piscina privada.

Se llamaba Aurobinda, era hindú, tenía veinte años y toda la belleza espléndida de su raza. Morena, de blanquísimos dientes, ojos negros, enormes, muy expresivos, boca sensual, llena, tierna... Al quedar en pie, sonriendo, haciendo un leve gesto con su mano, sus senos permanecían quietos y firmes, como de bronce, como sí todo su cuerpo completamente desnudo, reluciente de agua y de sol.

Un poco pensativo, Ferlinghe se acercó a ella y se mostró raramente pasivo en aquella ocasión, cuando Aurobinda lo besó en los labios. Aurobinda se separó de él y musitó:

—Estás preocupado, Ulrico...

—Sí, un poco.

Aurobinda le miró a los ojos con intensidad, con un fulgor breve pero intenso.

—¿Es por ella? —inquirió, con voz ligeramente tensa.

Ferlinghe mostró un esbozo de sonrisa.

—No. No.

—Llegará pronto. ¿Qué harás conmigo, entonces?

—No debe preocuparte tu suerte, en lo más mínimo, Aurobinda.

—Me tranquiliza oírte decir eso. No obstante...

—Déjalo —cortó Ferlinghe—. Hay problemas que palidecen, si se los compara con otros. Pero insisto: no voy a prescindir de ti.

—¿Tú me amas, Ulrico?

—Sí.

—No estoy muy segura... Amas mi cuerpo, mi juventud, amas mi alegría, el placer que te proporciono. Pero a mí... Muchas veces lo dudo.

—¿Y no te parece ya bastante que ame todo eso de ti?

—Debería satisfacerme —suspiró ella—, pero ya sabes, siempre queremos mucho más... Más, más, más...

—Lo comprendo. Tienes derecho a todo. Yo podría preguntarte si tú me amas a mí, pero prefiero no oír tu respuesta. Dejemos las cosas tal como están, Aurobinda. Si alguna vez algo sale mal, piensa en lo que fuiste, no en lo que eres ahora. ¿Comprendes? La vida, por lo general, no es una línea recta, una etapa a cubrir fácilmente... Muchas veces es tortuosa, sorprendente, una línea que de cuando en cuando se quiebra, y para recobrar el camino hay que salvar abismos. Ahora lo tienes todo. Puede que llegue el momento en que no tengas nada. Recuerda, entonces, cómo, cuándo y dónde te encontré.

—Nunca más pensaré en eso... —susurró ella, como dolida.

—Está bien. Cúbrete un poco.

Mientras Aurobinda se ponía un bello albornoz por encima, Ferlinghe pareció olvidar sus problemas por un instante, recordando, con extraña nitidez, ciertos momentos de su encuentro con Aurobinda. Nada que se apartase de lo vulgar, sin embargo. Aurobinda trabajaba en un club lujoso de Hong-Kong cuando la vio Ferlinghe. Un strip-tease delicioso, eso sí...

Junto a Aurobinda, salió del recinto privado. Apareció ante la vista la grandiosidad de aquella villa, con arboleda, jardines, incluso acantilados de la colina, de aquella zona por la que se desbordaba la monumental

Hong-Kong,

que estaba abajo, bien delimitada. Su puerto intrincado, por un lado, sus barrios pobres, míseros, por otro, y el gran centro comercial, con las dos líneas de Queens Road y Des Voeux Road, con sus enormes rascacielos, y miles de despachos y oficinas de negocios de todo el mundo.

Había una zona en la villa que se mostraba cuidada, raseada, parecía una especie de campo deportivo, o de entrenamiento. Y hacia allí iban Ferlinghe y Aurobinda.

Allí estaban los hombres. Eran media docena. Tipos heterogéneos. Un chino, un hindú, un francés, un inglés de Hong-Kong, y otros dos elementos de nacionalidad confusa. Ni ellos sentían el deseo de aclarar su posición en el mundo. Eran seis tipos que parecían formar un pequeño ejército, algo así como un comando especial. Por sus movimientos, la impresión era que, en combate, debían ser temibles. Al ver aparecer a Ferlinghe allí, en compañía de Aurobinda, Verwoerd se dejó ver, apareció ante ellos, con un gesto interrogante.

Ferlinghe se limitó a hacer una seña, y Verwoerd se acercó al comando. Habló con ellos, y los tipos, en perfecta formación, fueron hacia un barracón, a paso ligero. De allí, reaparecieron con armas, con modernas metralletas, y de nuevo a paso ligero, de dos en fondo, fueron hacia el otro lado del barracón.

—¿Qué hacen? —inquirió Aurobinda.

—Ven —fue la respuesta de Ferlinghe.

Los dos juntos, sin prisas, llegaron hasta el barracón. Luego, al otro lado, donde había un campo parecido al anterior. A unas cincuenta yardas de donde se encontraba el comando, formando pelotón en aquellos momentos, había una gran diana. Es decir, una plataforma redonda bastante grande. La diana en sí, el blanco que constituía el objetivo, era diminuto. Las balas debían dirigirse hacia aquel pequeño ojo dibujado en la pantalla.

—Son grandes tiradores. Hoy toca ejercicio de tiro al blanco —explicó Ferlinghe.

—Ah...

Aurobinda no parecía muy interesada por la exhibición que iba a presenciar. Ella hubiese preferido seguir en la piscina, disfrutando del agua, del sol en su piel... Luego, sus perfumes, su contemplación en su cuarto de espejos...

Verwoerd, mientras, estaba dando instrucciones. Se preparaban. La voz de fuego, sin duda, iba a darla Verwoerd.

—¡A discreción! ¡Fuego!

Durante unos segundos, que a Aurobinda se le antojaron interminables, el fuego, aquellas lenguas rojo-amoratas con ribetes amarillos, era escupido por las bocas de las metralletas. La diana se estremecía de continuo, bajo la precisión de aquellos

tiradores, que materialmente borraron el ojo, con sólo unas pocas balas desviadas del objetivo.

—¡Alto! —gritó Verwoerd.

Cesó el fuego y, sin mirar a Aurobinda, Ferlinghe dijo:

—No te muevas. Ahora regreso.

Verwoerd se dirigía ya hacia la diana, y lo propio estaba haciendo Ferlinghe. Los dos hombres, al llegar a la diana, la rodearon, quedando detrás de ella, silenciosos ambos, contemplando el espectáculo.

Trágico espectáculo.

Ferlinghe miró a Verwoerd, pero no vio en éste el menor signo de debilidad. Verwoerd era un tipo demasiado duro para ello. Verwoerd contemplaba con indiferencia a Nelligan que había sido previamente situado detrás de la diana, con la cabeza pegada al objetivo de los tiradores. Ciertamente, de la cabeza de Nelligan no había quedado gran cosa. Unos espeluznantes recuerdos, pegotes de carne y cabellos, masa despanzurrada, y sangre, que estaban sobre el cuello... Era todo lo que quedaba de su cabeza, comida, mordida, por casi cien balas.

—¿Hay que montar ya guardias especiales, señor Ferlinghe? —inquirió Verwoerd.

—Será lo mejor —murmuró—. A partir de hoy, se establecerán turnos regulares. De todos modos, la guardia, la vigilancia aquí, por sí sola no significa demasiado. Habría que realizar algunas averiguaciones por círculos que suelen estar informados. Ya sabes lo que quiero decir, Verwoerd. Tú mismo irás a

Hong-Kong,

y trata de averiguar, como sea, si alguien sabe algo de nosotros.

—Sí, señor Ferlinghe.

—Ahora, enterrad a este hombre. Que jamás sea hallado su cadáver.

—Descuide.

Ferlinghe giró, encaminándose hacia donde esperaba Aurobinda. Para él aquel asunto había terminado...

CAPÍTULO II

El yate ostentaba un llamativo nombre: Felicidad. No era demasiado grande, pero sí contenía las suficientes comodidades y lujos para sentirse en él plenamente feliz por estar vivo, y gozar de todo lo que la vida de millonario puede proporcionar, que es mucho, a poco que se sepa uno administrar.

Lujosos camarotes, sala de baile, piscina, cine, bar...

Allí vivían dos docenas de personas, de las cuales seis eran tripulantes. Parecían mudos y ciegos. Hombres que iban sólo a su trabajo, ignorando el resto..., que era mucho ignorar. Porque, en ocasiones, había motivos para que se desorbitaran los ojos de un tipo con sangre, al contemplar determinados espectáculos...

Aquella mañana, navegando por aguas ligeramente encrespadas, parecía existir gran tranquilidad en el yate. No se veía a nadie en cubierta, ni en el bar, ni en la piscina...

En uno de los camarotes parecía existir cierto oleaje... Algo de marea, sí. Ella tenía la mirada encendida de rabia, y él procuraba mostrarse ecuánime, conciliador, razonable...

Él era César Spencer, un chileno que, por razones políticas, habíase visto obligado a cambiar de residencia, trasladándose a Colombia. Un hombre de unos cuarenta años, apuesto, moreno, elegantísimo, de una corrección en verdad exquisita, de perfectos modales. Todo eso se lo debía al dinero, a su enorme fortuna, que pudo sacar de Chile. Un hombre con amigos de verdad en muchos y diversos puntos del globo.

Ella era su esposa, Samantha. Una norteamericana que era como un asombroso estallido en plena calma. Una pelirroja de lo más descomunal que se podía contemplar. Samantha tenía los ojos verdes, y parecía una pantera en aquellos momentos, su respiración

agitada llegaba al rostro de César...

—Por favor, Samantha, cálmate. Ya es mucho lo que hago por ti. Es demasiado, incluso. Me doy cuenta de mis errores, he sido muy transigente contigo. Cuando uno tiene una esposa, ha de procurar que no sea un objeto, y ella también debe procurarlo. Y no ha sido tu caso. Quieres ser un objeto. Tus continuos caprichos, tus locuras... Quiero confesarte algo: estoy perdiendo muchísimo dinero. No sé las razones, no me explico cómo, pero, de seguir, así las cosas, me veré arruinado.

—¡Sólo tratas de impresionarme! —gritó Samantha.

—No alces la voz, querida. Las trifulcas matrimoniales suelen aburrir a la gente.

—¿A mí qué me importa?

—Ya sé, ya sé... Lo interesante para ti es que se cumpla tu capricho, sea cual fuere. No obstante, las cosas habrán de cambiar, Samantha. Es en serio, me veo al borde de la ruina.

—No te creo.

—Si has empezado a conocerme un poco, y ya llevamos cinco meses de matrimonio, debes darte cuenta de que estoy preocupado, de que algo marcha mal. Aunque sospecho que, en verdad, poco te importa. También sospecho, y me duele, que en el momento en que te comunique mi ruina completa, te apresurarás a pedir el divorcio... ¿Me equivoco?

—No quiero pensar en eso ahora.

—Pues reflexiona. Samantha..., ¿te casaste conmigo enamorada..., o fue un engaño?

—El amor es un eterno fugitivo, César.

—¿Quieres decir que ya ha huido el amor que sentías hacia mí?

—Oh, vamos, no te pongas trágico... Las escenas me producen estornudos. En realidad, no sé cuánto queda de aquel amor... Pero todo el mundo pasa por el mismo problema, César. No somos únicos. Hay que procurar aceptar las cosas, máxime siendo un caballero como tú.

—Estás hablando de un modo que parece que nuestra separación es algo inminente.

—Pues no es así —Samantha parecía más calmada—. César, aún queda lo suficiente... Y lo único que te he pedido es que, antes de llegar a

Hong-Kong,

demos una vuelta por los casinos de Macao.

—Es la primera vez que te niego algo, lo siento. Pero...

—No será lo último, ¿verdad?

—No.

Samantha parecía sorprendida. César le negaba algo... Parecía increíble. Con voz demasiado suave, inquirió:

—¿Querido..., me permites ir a ver a alguien que levante un poco mi ánimo?

—Haz lo que gustes.

Ella ladeó un poco el rostro, y mostró una sonrisa colgante, desafiante.

—Ya sabes a quién me refiero, ¿no? —susurró.

—Sí.

—¿No temes que entre él y yo...?

—No temo nada de eso, Samantha.

—Vaya... Es conmovedora esa ciega confianza que tienes en mi fidelidad.

—Lamento decírtelo, pero confío en él, no en ti —cortó, quizá perdiendo un poco los estribos, César Spencer.

Samantha enrojeció y, con los puños apretados, masculló:

—No esperaba esta grosería.

—Lo siento. Samantha, yo no quería... ¡Samantha!

Ella no quiso escucharle. Se dirigió hacia la puerta del magnífico camarote, y lo abandonó, dejando a César con la cabeza en las manos, muy abatido, afligido por varios problemas, a los cuales había que agregar el de Samantha.

La pelirroja, por su parte, una vez en el pasillo, esperó a que su sensacional busto recobrase la normalidad. Su vestuario se componía en aquellos momentos de unos brevísimos shorts y la pieza superior de su bikini plateado.

Lo dicho: iba en busca de alguien a quien le encantaba vivir. Como a ella. Aunque, eso sí, Samantha no era tan impulsiva como parecía, no era alocada, ni hacía las cosas porque sí. Samantha sabía cómo escalar, cómo aferrarse a cada peldaño...

Aquella era la puerta de la habitación. Llamó con suavidad. La respuesta tardó, pero llegó al fin. Una voz conocida, con claros visos de que su propietario estaba adormilado aún:

—¿Quién es...?

—Yo, Samantha. ¿No vas a abrirme?

—¡Abre y entra, Samantha!

La pelirroja abrió con rapidez, y entró en el camarote. Era un poco más pequeño que el de los Spencer, cosa lógica teniendo en cuenta que aquél en el que acababa de entrar era individual. Pero magnífico, eso sí. Olía a orquídeas... Todo estaba en una ligera y fresca penumbra... Y había algo sorprendente: lo que estaba haciendo el ocupante del camarote.

—Pero... ¿qué estás haciendo, Kent? —exclamó Samantha, muy abiertos los ojos.

Samantha no podía con su desconcierto. Empezó a creer que aquello era una de las bromas de Kent. Por supuesto, tenía que serlo. Si no, ¿qué hacía Kent Mayfair cabeza abajo, en una especie de vertical de cabeza, pero con las piernas cruzadas, y allí, en el rincón de mayor penumbra del camarote?

—¿Puede saberse qué estás haciendo? —insistió Samantha.

Kent soltó un suspiro y, lentamente, como en un rito, abandonó aquella postura. Ante la mirada de la atónita Samantha, pareció concentrarse, respiró unas cuantas veces acompasadamente, y luego dirigió una sonrisa a la joven, diciendo:

—Yoga, querida Samantha... Yoga.

—¿Yoga?

—Por supuesto, habrás oído hablar de eso.

—Pues sí. Pero tú...

—Voy a sorprenderte revelándote un gran secreto: estoy en el camino de la perfección, por medio del yoga.

Samantha, a causa de la sorpresa, estaba tan boquiabierta que parecía que se le iba a desprender la mandíbula inferior.

—¿En..., en el camino... de la perfección? —Logró balbucir.

—Muy cierto. Pero siéntate un poco, si quieres.

—No, no... La estupefacción no me deja mover. Te escucho.

—Magnífico. Sentía ya enormes deseos de hablar de esto con alguien capaz de comprenderme. Verás, Samantha, mi deseo de perfección empezó hace largo tiempo. Medité, busqué y llegué a la conclusión de que sólo por mediación del yoga, de sus múltiples facetas, podía llegar a la ansiada perfección, al «Kaivalya», es decir, a la liberación. Por supuesto, hay que pasar antes por otras etapas:

«Yama», «Niyama», «Asana»... Estaba practicando «Asana» en estos momentos, es la etapa del yoga que trata de las posturas apropiadas. Después del «Asana» viene el «Pranayama», o regulación respiratoria. A continuación. «Pratyahara», que es el dominio de la mente. Luego, «Dharana». La meditación es la práctica «Dhyana» y «Samadhi», contemplación profunda. ¿Qué te parece?

—Me parece que aún te dura la borrachera de anteanoche —dijo, por fin, Samantha.

—Nada de eso... Bueno, puesto que estás aquí, te invito a participar. ¿Qué te parece si empezáramos por unas sesiones de «Asana»? Es fácil, colócate como estaba yo antes, cabeza abajo, y...

—La..., la verdad es..., es que sólo quería darte los buenos días... Siento haberte molestado, de veras...

—Pero... ¿no vas a probar? Te aseguro que...

—En otra ocasión, Kent. De veras. Bueno..., ciao, querido. Que te diviertas... La verdad es que empiezo a creer que todo el mundo está loco... Sigue con tu..., con tu... —chascó los dedos.

—«Asana» —dijo, amable, sonriente, Kent.

—Eso, con tus posturas apropiadas.

—Exactamente.

—Yo también sé... algunas posturas, Kent.

—¡No me digas que también practicas el yoga!

—Pues... no exactamente. Aunque algunas de esas posturas provienen de la sabiduría hindú, según tengo entendido.

Kent Mayfair se rascó la barbilla, pensativo.

—Posturas provenientes de la sabiduría hindú, que no son de yoga. Caramba, Samantha, me has intrigado. ¿Qué posturas son esas?

—¿Quieres verlas?

—Francamente, has despertado todo mi interés.

Samantha sonrió. Y mientras sus bonitos labios se estiraban en aquella dulcísima y prometedora sonrisa, se quitó la pieza plateada del bikini. Acto seguido y ampliando su sonrisa al ver la mirada de Kent fija en sus preciosos senos vibrantes, se quitó los shorts.

—¿Vas comprendiendo? —murmuró.

—Pues no. Precisamente, no hace mucho estuve en una situación parecida, pero... Bueno, ¿dónde está tu túnica?

—¿Qué túnica?

—Supongo que vas a cubrir tu hermoso cuerpo con una túnica.

—Claro que no, tonto.

—Pues no entiendo nada.

—En ese caso, será conveniente que te des unas lecciones prácticas... de Kama Sutra. ¿Comprendes ahora?

Kent Mayfair no reaccionó. Continuaba mirando fijamente a Samantha, que se acercó a él, muy despacio, y le echó los brazos al cuello. El tibio contacto del cuerpo femenino fue el preludio del beso que recibió acto seguido Kent Mayfair. Éste permaneció inmóvil, mientras Samantha, juguetona, comenzó a emitir unos estremecedores gemiditos..., hasta que se dio cuenta de que estaba besando a una estatua, o poco menos.

Se apartó y susurró:

—¿Qué te pasa? ¿No te gusta?

—No demasiado —murmuró Kent.

—Bueno... Vamos a la cama, y verás cómo las posturas de mayor importancia sí son de tu agrado.

—No quisiera parecerte demasiado tonto, Samantha, pero... ¿has enviudado?

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, estoy pensando que quizá César ha muerto, y yo no me he enterado. ¿Has enviudado?

—No... No.

—Ah, comprendo Te has divorciado, entonces.

—¡Claro que no!

—Ya... Lo que significa que has venido aquí a pasarlo divinamente en la cama con uno de los mejores amigos de tu marido.

—¡Vamos, Kent, no seas infantil...! La vida es corta... ¡Hay que tomar todo lo que nos ofrezca! ¡Todo lo que nos guste!

—Desde luego, desde luego. ¿Sabes lo que me viene a mí de gusto en este momento?

—No... ¿Qué es?

—Romperte la cara —sonrió Mayfair—. ¿Te seduce el juego?

Samantha estuvo mirándole fijamente unos segundos. Luego, recogió sus ropas, se las puso rápidamente y fue hacia la puerta. Antes de abrirla, se volvió a mirar a Kent, encendidos de furia los

ojos, y espetó:

—¡Marica!

—Adiós, golfista... —rió Mayfair—. Menos mal que pronto te perderé de vista, a ti y a tantas como tú, cuando me vaya a mi retiro de las montañas...

CAPÍTULO III

El pasmo era general en el Felicidad. Desde luego, Kent Mayfair ya tenía fama de estar un poco chiflado, pero aquello se pasaba de la raya. Sí Kent Mayfair, que estaba considerado como un tipo divertido, independiente, y con la cabeza llena de pájaros, ya los había sorprendido días antes, al presentarse en el yate con su equipaje y una sonrisa, diciendo que se había enterado de que estaban por allí, y que, si iban hacia

Hong-Kong,

les iba a acompañar para divertirse unos días...

Lo de ir a

Hong-Kong

no sorprendió a nadie, porque Mayfair lo mismo estaba en un lado que en otro. ¡Pero vamos...! ¡Lo de irse a la India, él solo, ya era demasiado!

—¿Y para qué demonios quieres ir allá? ¡Y tú solo! ¡Te vas a morir de aburrimiento! —exclamó uno de sus amigos.

—Todo lo contrario, precisamente voy a la India para aprender a no aburrirme nunca más, aunque esté solo.

—¡Qué tontería! —exclamó una de las complacientes muñecas compañeras de viaje—. ¿Cómo puede divertirse un hombre solo?

—No he dicho divertirme, sino «no aburrirme», Letty.

—¡Tonterías! —insistió la muchacha, haciendo resaltar provocativamente su busto—. Quédate y ya verás como yo me las arreglaré... para que no te aburras.

Hubo algunas risitas, y unas cuantas bromas más. Pero Kent Mayfair era impermeable a todo, y así, mientras dos de los sirvientes del yate llevaban su equipaje a un taxi que ya había sido contratado, y que esperaba en el muelle, él se dispuso a abandonar

el Felicidad Hubo abucheos, silbidos, risas, gestos de burla... Impávido, Mayfair se dirigió hacia la pasarela de desembarco, y César Spencer, como buen anfitrión, le acompañó, murmurando, cuando ya nadie más que Kent podía oírle:

—Siento que tengas que soportar todo esto por mí, Kent.

—Olvídalo. Eso pobres tontos me divierten, eso es todo, César. El que no me ha divertido nada durante este viaje has sido tú. Durante todos estos días he estado esperando una explicación. Ya, ya supongo que éste tampoco es el momento —se apresuró a añadir—. Mira, yo estaba tan ricamente en mi apartamento de Tokio, y precisamente en un momento... verdaderamente importante, cuando me dijeron que se había recibido un recado telefónico para mí. Si hubiese sido cualquiera de esos tontos gaznápiros, lo habría enviado al cuerno, pero puesto que era mi amigo César, accedí a su petición: hice mis maletas en el acto, me fui al muelle, y con mi cara de tonto más lograda, me presenté en el Felicidad, para ver qué podía hacer por ti. Y aún es la hora de que me des esa explicación.

—La verdad es que siempre... he estado temiendo que alguien pudiera oírnos. Mira, Kent, yo sé quién eres realmente tú... Quiero decir que sé a qué te dedicas, y no he querido que alguna indiscreción mía pudiera comprometerte.

—Hombre, muy amable —sonrió Mayfair, ya junto al taxi.

—De todos modos, necesito tu ayuda. Podría... haber contratado a un detective privado, o algo así, pero me pareció una estupidez recurrir a un extraño teniendo un buen amigo que seguramente afrontará el asunto con más garantías de éxito... y de discreción para mí.

—Está bien —murmuró Mayfair—. No hablemos ya más aquí. Voy a estar esperándote fin el Gloucester Hotel. ¿De acuerdo?

—De acuerdo... Y gracias, Kent. Iré a verte en cuanto me sea posible...

Ya antes de que César Spencer llamase, el agente de la CIA estaba frente a la puerta de la suite. Oyó los pasos de su amigo, y abrió la puerta.

—Entra —gruñó.

César Spencer parecía un poco nervioso. Estaba pálido, y profundamente preocupado.

—Kent, no sé cómo agradecerte lo que...

—Bueno, cierra el pico ahora. Te voy a preparar un buen combinado: whisky, champaña, naranja y demonios con hielo. Luego, desembucha de una vez. ¿De acuerdo?

—Sí, gracias.

—¿Dónde has dejado a Samantha? —inquirió Kent, mientras preparaba la bebida.

—En el Felicidad.

—¿Imagina algo sobre tus sospechas?

—Creo que no. Pero esta mañana estuve a punto de echarlo todo a rodar. Apenas pude reprimir mis deseos de hablarle claramente de todo esto. Le insinué algo, pero no hizo caso... Es..., es una cínica increíble.

Kent se había sentado también. Bebieron y encendieron cigarrillos. Se veían a la luz de una lámpara de pie, situada entre los dos sillones.

—En este momento, César, podemos hablar despacio, con claridad, puntualizando. Dame la mayor cantidad de datos que puedas.

—Es que no puedo aportar pruebas concretas... De otro modo, no habría recurrido a ti. Sólo te puedo hablar de sospechas, y concretamente de ésta: es mi propia esposa, Samantha, quien me está robando. Se aprovecha de mi situación de exilado de Chile, y maneja perfectamente mi fortuna..., de modo que va a parar a sus bolsillos. Me roba. No me ama, aunque ésa es cuestión que vamos a dejar aparte. Me roba, Kent. Me está haciendo víctima de un robo continuado, que amenaza seriamente mi fortuna.

Kent tenía sus ojos muy fijos en los de Spencer. Sabía que éste no era un bocazas, y tendría sus razones para hablar así de Samantha, de su propia esposa. Aparte de que, personalmente, Kent sabía cómo las gastaba Samantha, si bien no pensaba decirle a su amigo lo que sabía.

—Lo siento... Por todo lo que esto significa: por tu fracaso matrimonial y por la pérdida de tu dinero. Pero puedes estar seguro de algo: yo averiguaré la verdad. Dime, ¿qué sabes de tu mujer?

—¿De Samantha?

—Demonios, ¿quién es tu mujer?

—Sí, claro... ¿Preguntas qué sé de ella? Pues...

—Es hermosa, joven, tremendamente atractiva y apasionada...

—Esto último lo fue al principio.

—Ya... ¿Y eso es todo lo que sabes de la mujer con la que te casaste?

—La amaba. La amo. ¿No es bastante?

—No. No, César. A riesgo de que me creas un monstruo, te diré que no es suficiente, ni mucho menos, amar a una mujer para casarse con ella. Perderíamos el tiempo ahora si yo te diera una conferencia sobre cómo entiendo personalmente ese asunto del matrimonio. Y tengo que confesarte algo: yo ya sé algunas cosas de Samantha.

César Spencer parpadeó, sorprendido.

—¿Sabes cosas de ella? —susurró—. ¿La conociste, acaso, antes que yo, y...?

—No, no, César. Yo no la conocí antes que tú. Fue otro hombre quien la conoció hace ya algunos años, un hombre que se casó con ella.

—Pero... ¡No me lo dijo!

—Lo imaginaba, claro. Ya sabes, pues, que ella es viuda, según tengo entendido. Estaba casada con un tal John Longfellow, estadounidense como ella. Un tipo del que me han sabido dar muy pocos datos, de momento, aunque mis auxiliares están profundizando. Pero me temo que sea inútil, teniendo en cuenta que murió, si bien, eso sí, en circunstancias algo misteriosas, según las primeras impresiones. Dicho de otro modo, tal vez fuese asesinado por la propia Samantha, aunque esto es muy aventurado afirmarlo, y no me gusta formular esta clase de hipótesis. Total: te casaste sin saberlo con una viuda de cuidado que, al parecer, y empiezo a creerte, te está robando.

César Spencer se pasó una mano por la frente. Pareció recordar el whisky, o necesitarlo de pronto, y sorbió un poco, agitando el hielo en el vaso.

—Kent..., ¿qué piensas de mí? Me ocurre algo que sólo a un pobre diablo le sucedería, ¿verdad?

—A un pobre diablo y a cualquiera que tenga la desdicha de caer en manos de una mujer como Samantha, si se confirman nuestras sospechas. No te reproches ahora lo que sólo tiene una solución: olvidarla y abandonarla, sin perjuicio, claro está, de que

trates, por cualquier medio legal, de recuperar el dinero que te ha estado robando. ¿Cuánto calculas?

—Más de millón y medio de dólares.

Kent lanzó un silbido.

—¿Y no te diste cuenta antes? —Gruñó.

—Confieso mi ceguera.

—Está bien. De momento, vuelve al Felicidad, y compórtate con naturalidad. No te sinceres con Samantha, no la pongas en guardia. De otro modo, el pequeño truco de haberme yo instalado en este hotel para tener libertad de movimiento y vigilarla, no serviría de nada. ¿Lo comprendes?

—Sí, sí... Haré lo que me dices. Todo seguirá igual. Y tú haz lo que puedas. En fin, ¿qué voy a decirte yo que tú no sepas? ¡Ojalá me equivoque!

—Yo también lo deseo. Ahora, regresa, y... Espera.

Kent se interrumpió, mirando hacia la mesita de noche. Allí, junto a la lámpara, y como al descuido, había una cajetilla de cigarrillos. Un paquete de vulgar apariencia, que parecía contener tan sólo «Melachrinos», rubio con filtro. No obstante, el paquete estaba emitiendo unas intermitencias rojas.

—¿Qué es eso? —se sorprendió Spencer.

—Perdona un instante —murmuró Kent.

Se puso en pie, y fue hacia el paquete de cigarrillos, lo tomó, y tiró de uno de ellos.

—¿Quién llama? —preguntó.

—¡Qué gusto...! —sonó un vozarrón en el paquete de cigarrillos —. ¡Cuantísimo gusto...!

—Kulliat... —sonrió Mayfair.

—¡Qué gusto que me recuerde, señor!

—No digas tonterías. Ya sabes que nunca te olvido. Pero vayamos por partes y a lo positivo, ya tendremos tiempo luego de ir a comer juntos media tonelada de patas de sapo de charca..., según tu especialidad. Dime, ¿cómo sabes que estoy aquí? ¿Es por tu cuenta?

—No, no... Por mi cuenta jamás me atrevería a molestarle, señor. He recibido instrucciones, venga a verme.

—¿Cuándo?

—Cuanto antes.

—Eso significa que ha de ser esta misma noche.

—Si es posible, sí.

—De acuerdo, Kulliat. Será un placer verte.

—Lo mismo digo, señor. Le espero.

—Sí... Hasta luego.

Eso fue todo. El paquete quedó convertido en un vulgar estuche de cigarrillos.

—¿Qué pasa, Kent? —se interesó Spencer.

—La CIA —fue la escueta explicación de Kent.

César inclinó la cabeza, luego miró a Kent y musitó:

—Entiendo que primero es tu obligación con la CIA. Vaya, no esperaba la interferencia. Lo mío tendrá que esperar, o buscar yo por otros conductos.

—No te precipites. Primero, debo escuchar al enlace. Luego, ya nos reuniremos de nuevo nosotros dos, César. A veces, me llaman sólo para darme información sobre algún cambio político, o algo similar... —sonrió un tanto torcidamente, agregando—: Es por eso por lo que muchas veces sé, antes que nadie, lo que va a ocurrir en ciertos países, en determinados momentos. No te preocupes. Todo se resolverá, aunque, insisto: ojalá estemos equivocados con Samantha.

—Lo dudo. Ya me engañó por omisión, al no confesar que era viuda. Igualmente me habría casado con ella...

—Samantha lo ignoraba. Vete, César. Tengo que salir.

—Sí, perdona, no debo entretenerte. Si sale, ¿la mando seguir?

—No, no... Déjala, de momento, en tanto yo pueda ocuparme de ella. Pero si sale, no olvides anotarlo... En la mente, se entiende. Toma nota de todos sus movimientos. Y espero que esto acabe bien para ti, que no salgas malparado.

—Gracias, Kent.

Kent le despidió en la puerta de la suite y, una vez a solas, reflexionó sobre aquella llamada. En verdad, estaba convencido de que Kulliat no se había puesto en marcha para proporcionarle una simple información. Tal vez sí tendría que esperar lo de César... Lamentable.

Las mandíbulas de Kulliat eran espeluznantes, aunque bien mirado habría que descubrir qué era en Kulliat lo no espeluznante. Un tipo enorme, una auténtica bola engañosa, que podía parecer

sebo, pero todo era allí fortaleza y músculo, un tipo de gran cabeza, de gruesas facciones, en contraste con sus pequeños ojillos. Una mezcla de turco y chino, más o menos, con un pendiente, un aro de oro, enorme, colgando de su oreja izquierda.

Los huesos que trituraban sus mandíbulas eran simplemente de ancas de rana. A Kulliat le gustaba lo diminuto, en contraste con su tremenda corpulencia. A su lado, el atlético Kent Mayfair parecía tan sólo un hombre vulgar y corriente, frágil como un palillo.

Kulliat vivía en un sampán. Eso sí un buen sampán, fuerte, amplio, casi cómodo... Vivía mezclado con la gente, apiñado con ellos, con aquellos millares de chinos que vivían en espacios inverosímiles.

—Exquisito como nunca, Kulliat —dijo Kent, con una sonrisa.

—Celebro haberte complacido, Kent —replicó, sin la menor ceremonia, el gigante—. Por mi parte, me siento muy feliz. No siempre es posible compartir nuestros momentos agradables con un gran amigo.

—No, claro... ¿Vamos al grano, Kulliat?

—¿Estás impaciente? —sonrió Kulliat, entornando los ojillos.

—He venido a

Hong-Kong

con un trabajo personal, quiero ver si es o no compatible.

—Me temo que no, sea cual fuere el motivo que te haya traído aquí. Hablaremos.

—¿Ha ocurrido algo? ¿Toda la información será verbal?

—La respuesta a la primera pregunta es sí. A la segunda, lo mismo.

—De acuerdo, empieza.

—¿Un poco más de vino?

—Déjalo ahora, Kulliat.

—Como quieras... Por lo pronto, ha desaparecido el agente de la CIA destacado en Kuala Lumpur. Me refiero a Phillip Nelligan. Y no nos hagamos ilusiones. Cuando desaparece un agente de la CIA, su reaparición es sólo motivo de pesar, por lo general, son asesinados, así que lo que se encuentra es su cadáver.

El rostro de Kent no parecía expresar la menor emoción. Para Kulliat, no obstante, aquella inexpresividad era del todo significativa. Conocía lo bastante bien a Mayfair.

—Sigue, Kulliat —pidió Kent con tono neutro en su voz.

—La desaparición tuvo lugar hace pocos días, previo un suceso extraño, no explicado todavía, que ocurrió en unas islas situadas entre Sumatra y Borneo. Mis noticias, que me apresuré a comunicar a Washington, y de ahí que me reclamen tu presencia por estos lugares, indican que tan extraño suceso que te he mencionado se refiere a un raro fenómeno, algo, alguien, alguna cosa, eso está por determinar, hizo su aparición en esas islas, causando el pavor, la destrucción, la muerte, entre un equipo de exploradores científicos estadounidenses, que realizaban una pacífica misión de estudio por aquellas aguas... Y digo una pacífica misión de estudio porque me consta, Kent. No había actividad encubierta alguna.

—Comprendo... Entonces, ¿por qué el ataque?

—No he dicho que fuese un ataque, sino una aparición rara y pavorosa. Era... como un ser extraterrestre... O un ser, o un fenómeno que de momento no podemos explicarnos. Ha habido algún superviviente de ese fenómeno, a los indígenas no hay quien les arranque palabra. En cuanto a un par de profesores, están ya en Washington, enloquecidos, explicando lo siguiente: de pronto vieron el fulgor blanco. Algo así como una figura blanca y resplandeciente... Una figura que emitía una temperatura que es de locos siquiera imaginarlo, pero esos profesores lo juran con insistencia, una temperatura, dicen, de más de dos mil grados centígrados. Así que imagínate lo que ocurrió a su aparición: hasta se fundían las rocas, en bastante distancia en torno al... aparecido, o lo que sea. Las rocas se fundían, las aguas se evaporaban, se condensaban en forma de nubes, la gente moría abrasada... Fue un desastre, que han podido explicar unos pocos que sobrevivieron por estar en aquellos momentos lo suficientemente lejos.

La mirada de Kent parecía ensombrecida. No creía en aquella clase de fenómenos extraterrestres. De ahí que, desde el primer momento, rechazara un ataque formal extraterrestre, pese a que en la tierra aquel suceso era inexplicable.

—Sigue, Kulliat. ¿Qué más hizo ese... ser?

—Murió.

—¿Murió?

—El fenómeno de su muerte tiene explicación, Kent. Eso sí.

—Me gustaría conocerla.

Kulliat, entornados los ojillos, enterrados bajo los párpados, se mostraba un tanto irónico en aquellos instantes.

—¿No se te ocurre la explicación, Kent? —preguntó. Kent reflexionó unos instantes.

—Puede ser un tanto fantástica, pero entiendo que ese ser, para emitir esas temperaturas, debe estar constituido por puro fuego. Siendo así, al aparecer entre aguas, se produce la evaporación de éstas, se convierten en vapor, y, a continuación, se condensan en lluvia... Pienso que pudo ser la lluvia, a torrentes, lo que matase a ese... ser.

Kulliat pareció llevarse una tremenda desilusión. Y gruñó:

—Eso es exactamente lo ocurrido, lo mató el agua, la lluvia que él mismo había provocado.

—¿Qué más ocurrió? ¿Se desintegró, o quedó alguna masa reconocible, apta para su estudio?

—Quedó una masa..., pero luego se desintegró. Ello costó la vida a otras varias personas. La masa se desintegró en cuanto le pusieron la mano encima, en cuanto tocaron algo... No se sabe qué. Los observadores, por desgracia en su mayoría indígenas, estaban bastante lejos. Se produjo la desintegración, y un estallido, que, si bien los indígenas dicen que fue horrisono, los blancos afirman que más bien parecía cosa de un explosivo convencional.

—Me inclino a creer esto último.

—Muy bien, como todos nosotros.

—¿Existe alguna seguridad de relación entre ese fenómeno y la desaparición de nuestro agente de Kuala Lumpur?

—Nelligan estuvo en Hong-Kong.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé porque me llamó.

—Vaya... ¿Y?

—Me dijo que aguardase una nueva llamada, en la que esperaba darme instrucciones concretas para transmitir a Washington. Aún estoy esperando esa nueva comunicación, Kent. De todos modos, se pueden reconstruir algunos de los movimientos de Nelligan a partir de un hotel de Bruster Circle, a unos pasos del puerto viejo.

—Y ya has hecho algo en ese sentido.

—Sí.

—¿Resultados?

Kulliat vaciló por primera vez, y meneó su enorme cabeza, el aro de oro destelló.

—Dudosos —farfulló.

—¿Por algo especial?

—Me perdí en la parte nueva, residencial, de la colina. Hay allí varias quintas, espléndidas villas, de las cuales se puede hacer una selección. Es decir, yo la he hecho, y voy a darte los datos, que retendrás en la mente, como es costumbre.

—Adelante, entonces.

—Te daré tres nombres de propietarios: Ascásubi, Vockel y Ferlinghe. No es cosa fácil obtener información de cada uno de ellos. Además, estás tú sobre el terreno, y es cosa tuya. Los nombres están en Washington, y si llegase algún dato importante y concreto sobre alguno de ellos, te lo transmitiría. Mientras, como siempre, a tu albedrío.

—Ascásubi, Vockel y Ferlinghe... De acuerdo. ¿Te inclinas por alguno?

—No.

—Eso significa que es difícil, Kulliat.

—Más o menos. No obstante, tu inteligencia es muy superior a la mía. De otro modo, yo sería Mayfair y tú Kulliat. Pero así estamos bien, ¿no? No te imagino triturando huesos y resbalando la grasa por tu barbilla, así que dejemos eso y vayamos a la importante: sin condiciones, estoy a tu disposición.

—Gracias, Kulliat, pero innecesario. Por cierto, tus cenas no son tan deleznales como imaginas.

—¿Lo dices de veras? —inquirió, brillantes los ojos, Kulliat.

—Muy en serio. Repetiré antes de salir de Hong-Kong.

—No sabes cuánto te lo agradezco, querido...

—Por el contrario, es mi estómago y mi paladar quien te lo agradecen a ti. No olvides una cosa: si alguna vez te cansa este mundillo del espionaje, en mi casa tienes la plaza de chef de cocina. ¿Okay?

—No es mala perspectiva, pero por allá no hay ranas tan enormes como aquí. Pero no digo que no.

Los dos hombres se pusieron en pie.

Ambos tenían que inclinar la cabeza.

—¿Puedo saber qué vas a hacer esta noche, Kent? —inquirió Kulliat.

Kent rió con brevedad, su respuesta fue:

—No me imaginas perdiendo el tiempo, ¿verdad?

—Pues no, claro... Irás de visita, entonces.

CAPÍTULO IV

A pesar de todo, César Spencer no podía evitar sentir una pasión insensata hacia su esposa, hacia Samantha. Aquella noche, por ejemplo, estaba especialmente hermosa. No sólo hermosa, sino... exótica, etérea, inaccesible... Eso parecía: inaccesible.

Estaban ambos en el camarote del matrimonio, y mientras César fumaba, ella acababa de ataviarse. Un vestido de lo más raro, a guedejas. Y falda larga, como correspondía a una salida nocturna. Los zapatos eran de tacón altísimo, y muy grueso, así como la suela. Llevaba unas discretas joyas, valiosísimas, no obstante, y un bolso, lo bastante grande para imaginar que llevaba en él todo lo que constituía su toilette.

—¿Por qué sales, Samantha? —musitó, sin poder evitar cierto tono patético en su voz, César Spencer.

Ella le miró, y arqueó las cejas, perfectamente maquilladas.

—¿No salen los demás, acaso? —inquirió a su vez.

—Bien..., pero yo me quedo.

Samantha parecía vacilar. Trataba, por lo visto, de no ofender innecesariamente a su marido, en aquellos momentos. Quizá le hubiese dicho que ella no tenía la culpa de que él fuese un ser apelmazado, amargado, aburrido... No lo dijo. ¿Para qué? No había que exacerbar a César. Por tanto, hasta se mostró un tanto cariñosa. Se acercó a él, y le besó en los labios, levemente.

—César, no te entiendo muy bien —dijo—. Ya que tú no vas a cumplir tu deber como anfitrión de nuestros invitados, deja que lo haga yo, al menos.

—¿Sólo sales por eso?

—Pues, ¿por qué otra razón? Bien..., la verdad completa: salgo por eso, por ir con ellos, y también porque quiero divertirme un

poco en tierra firme. ¿Es algo malo?

—Claro que no, querida... Yo no me siento con fuerzas, en estos momentos... Procura que no noten mi ausencia, por favor.

—Descuida.

En aquellos momentos, aporreaban la puerta del camarote, y una voz de hombre, un tanto destemplada, graznaba:

—¡Samantha...! ¿Vamos a estar esperándote toda la noche?

—¡Estoy dentro de un minuto!

—¡Te esperamos en cubierta!

Samantha volvió a besar a César, y luego lo miró a los ojos.

—La verdad —murmuró— es que no estoy muy segura de pasarlo del todo bien... Falta Kent. Estoy segura de que Kent te habría animado. Todos nuestros invitados, con menos imaginación que un mondadientes, entenderán que para pasarlo bien hay que emborracharse a lo bestia... Intentaré frenarles un poco. Hasta luego, César.

Aquella vez fue César quien rodeó con ambos brazos la cintura de su esposa, y la besó con calor, con desesperación, como si temiera estar perdiendo algo de sí mismo. Samantha soportó el frenético beso, el estrecho abrazo... Al separarse, sonrió un poco, y susurró:

—Si sigues así, tendré que perder media hora en un nuevo tocado de mi cabello. Ciao, amor. Hasta luego.

Se fue, y César se sentó en un sillón, cigarrillo entre los labios, triste y pensativo.

Mientras, los demás, vociferantes, elegantes, con deseos de divertirse a su manera, de armar un escándalo por los clubs de Hong-Kong,

los clubs elegantes, por cierto, salieron como disparados.

Para Samantha, la primera hora fue una auténtica odisea. Y la realidad es que había mentido en los dos motivos aducidos para su salida. No iba para hacer de perfecta anfitriona, ni sentía la menor necesidad de divertirse en tierra firme. Samantha tenía su plan bien concebido, y no le fue en absoluto difícil ponerlo en práctica. Porque, por ejemplo, estaba previsto que los invitados, a no tardar mucho, mostrarían preferencias distintas, y se dividirían, dos, quizá tres grupos...

Ocurrió así, tras una hora larga de empezar a beber y entrar en

clubs.

Hasta que Samantha quedó a solas, un grupo aparte. Luego, todos ellos no sabrían decir en qué grupo había estado Samantha.

Por lo pronto, la señora Spencer, ya a solas, en las húmedas calles de

Hong-Kong,

optó por recurrir a un discreto rickshaw, tirado por un menudo y silencioso coolie, que correteaba con toda facilidad por aquellas calles, cuesta arriba.

Hasta que Samantha consideró que estaba lo suficientemente cerca de la zona residencial para poder cubrir a pie el resto del trayecto. Se imponía la discreción. Ya estaba lejos del ambiente, de la animación, del populacho...

Con mirada fiera, Aurobinda vio cómo se cerraba aquella puerta. Ella quedaba fuera. Dentro, Ulrico y aquella mujer. Ellos dos, a solas, en la alcoba principal de la villa. Aurobinda dio media vuelta, y se alejó, con su estrecha mente llena de celos, de rabia, y lo peor era que se sentía impotente. ¡Había visto tan hermosa a aquella mujer!

Más que menos era lo que estaba observando Ulrico Ferlinghe en la alcoba, mirando a Samantha.

—¿Cómo ha ido todo, Samantha?

—¿Es todo lo que se te ocurre preguntarme?

—De momento, sí. Hay tiempo para todo, así que no seas...

—No importa. Supongo que estás demasiado atareado. No voy a quejarme de eso. Las cosas marchan sólo regular.

—¿Regular?

—Es lógico que César ya sospeche de mí... Su comportamiento, aunque al respecto no me ha dicho una palabra, así lo indica. De todos modos, todavía una vez más, traigo carga. En lo sucesivo, ya veremos. No pienses que esto va a durar siempre. Y ello por dos razones. Una: porque nadie es eternamente tonto. Dos: porque César está ya al borde de la ruina.

Ferlinghe dio unos pasos por la lujosa estancia.

Por fin, se volvió, quedando frente a Samantha.

—Lo comprendo —dijo—. Y no quiero ponerte en tan serias dificultades. Me preocupa, Samantha.

—Hasta ahora, no lo has demostrado.

—¿Qué vas a reprocharme?

—Nada, dejémoslo.

—Muy bien —gruñó Ferlinghe—. ¿Qué traes?

Samantha esbozó una fría sonrisa.

—Debería pedirte que te volvieras de espaldas —musitó.

—No digas tonterías.

—No, claro. Dime: ¿quién es esa... joya morena que me miraba como a su peor enemiga?

—¿Aurobinda? Nadie.

—¿Nadie? Sin embargo, yo diría que su presencia se hace notar.

—Tonterías. Ella se cree mi esclava. La saqué de un burdel, y eso es todo. Aquí trabaja para mí, como todo el mundo.

—Y como yo. Tienes facilidad para convertir a la gente en siervos tuyos, incluida yo... No lo comprendo, eres capaz de anular mi personalidad, lo cual no es nada fácil... Pero lo que te interesa es la carga.

—Más bien sí, Samantha. Y en todo caso, odio cierto tipo de discusiones.

Samantha asintió con leves movimientos de cabeza. Luego, sus manos, con lentos movimientos, empezaron a manipular en el raro vestido de larga falda, a guedejas... Los tirantes se desprendieron, y el vestido cayó a peso, aplomado, a los pies de Samantha. A continuación, se descalzó.

—¿A qué viene esto? —masculló Ferlinghe—. Creo que no es el momento de pensar en el sexo.

—Deberías tener más imaginación —cortó Samantha, secamente.

Y siguió desnudándose. Los sujetadores, la pieza inferior... Todo. Se mostró completa y maravillosamente desnuda ante los ojos de Ferlinghe, que más bien experimentaba ira pese a que el espectáculo era de categoría sensacional: un cuerpo reluciente, terso, perfecto...

—Más imaginación —rezongó, por fin, Ferlinghe—. ¿Para qué la necesito, si tengo delante todo lo que...?

—Ahí tienes oro —cortó Samantha, señalando el montón de ropa y los zapatos.

Ferlinghe parpadeó, desconcertado, un instante.

—Vaya... Samantha, siento haber sido...

—No es necesario que me felicites —cortó ella, bastante seca—. Y aún traigo más oro, bastante más. Te aclararé, primero, que el vestido está formado por láminas de oro, cuatro kilos. Los zapatos, dos kilos de oro cada uno... Imagina mis esfuerzos por manejar todo esto, sin que fuese notado por nadie el extraordinario peso de mis prendas.

—Samantha, eres maravillosa.

—Me disgusta ver que ahora, y sólo ahora, te brillan los ojos.

—Lo siento. La verdad es que estaba necesitando mucho este oro, tú lo sabes. Dependo de ti en el aspecto económico, no voy a discutir eso.

—Está bien. Ahí está mi bolso —lo tomó—. También es oro, cinco kilos. Pero permíteme que tome mis cosas del bolso: un vestido exacto al que me he quitado, los zapatos, muy comprimidos, de material normal. Y mis potingues. Como ves, llevo doble bolso. Y saldré de aquí del mismo modo que entré, en apariencia. El mismo vestido, los mismos zapatos, el mismo bolso... Y te dejo trece kilos de oro y estas joyas —empezó a quitárselas, mientras del bolso extraía las imitaciones que iba a ponerse—. ¿No te parece un buen botín?

—Extraordinario. Eres única, Samantha. Y no debes molestarte conmigo, querida. Ya sabes que yo...

—Ahora me vestiré. Por esta noche, no puedo entretenerme mucho. Debo regresar al centro, y buscar, club por club, a un puñado de imbéciles que andarán borrachos perdidos. Mi trabajo tiene muchos más inconvenientes de los que sospechas...

—No lo dudo, no lo dudo... Y sé valorarlo, créeme, Samantha. Te lo demostraré muy pronto.

—¿Cuándo? Me conoces bien, y sabes que soy positiva hasta la monstruosidad.

—Todo está en marcha... Todo.

—Una explicación ciertamente vaga.

Ferlinghe sólo tenía ojos para aquéllos trece kilos de oro, sabiamente escondidos en un largo vestido, en unos zapatones modernos, en un bolso, en aquellas joyas centelleantes... Todo iba cayendo al montón, arrojado por Samantha, casi con desprecio.

—Cuando digo que todo está en marcha, es que vamos por el camino —murmuró Ferlinghe—. Se efectuó una prueba, con

resultados positivos en alto grado. Se apreció algún defecto, pero estamos ya subsanándolo. Este oro, convertido en efectivo, o tal como está, servirá para abonar unos materiales que ya tengo solicitados, y cuyo pago se me exige ya. Esos materiales acabarán por darme un poder inusitado... Es decir: compartiremos ese poder.

—Quisiera estar segura.

—¿Dudas de mí?

—Vamos a dejar esta discusión.

—Es mejor, por supuesto. ¿No te quedas, entonces?

—No puedo.

—Lo siento. Lo siento de veras. Pero supongo que podremos conversar un rato, tomar algo... Este encuentro no puede ser tan corto y frío, Samantha. Ya está el oro aquí, ya tengo hechos mis cálculos, y...

—Y ya puedes dedicarte a algo secundario, que soy yo.

—No hables así, mujer.

—No importa. La verdad es que estoy un poco nerviosa, me estoy arriesgando mucho. Si César descubre lo que sucede, antes de que yo me esfume, habrá complicaciones serias, muy serias.

—¿Por qué? Puedes disponer de algún asesino, que haría un buen trabajo.

—No, por ahora.

—Tengo gente magnífica: media docena de hombres que...

—Digo que no. No es el momento. Y preferiría no tener que hacerle daño a César.

Ferlinghe entornó los ojos.

—¿Por alguna razón especial? —inquirió.

—Ya es suficiente lo que le estoy haciendo. Sólo por eso.

—Está bien, comprendo. Sería en exceso cruel matarlo, además.

—No sólo cruel, sino innecesario y peligroso.

—Sí, sí, es cierto... Asesinar es siempre el peor camino, a menos que el crimen sea absolutamente imprescindible.

—Ahora coincidimos. Bien..., ¿hasta cuándo?

—Ya lo sabrás. Pero será pronto, muy pronto.

Samantha ya se había vestido. Apenas se notaba la diferencia entre las ropas-oro, y las que se había puesto, quizá un poquito menos de... esplendor, sólo eso. Pero como la belleza de Samantha seguía rutilante, el detalle pasaba perfectamente desapercibido.

Y fue todo. Una despedida también bastante fría, y apresurada por parte de Samantha, la cual tenía buenas razones para no entretenerse en exceso. Abandonó la villa, y Ferlinghe quedó solo, frotándose las manos y contemplando el tesoro.

—Magnífico... ¡Magnífico! —repetía una y otra vez.

Por fin, se dirigió casi corriendo hacia la mesita de noche, y tomó el teléfono. Al alzar el auricular, quedó a la vista un cuadro de mandos luminosos. Casi simultáneamente, presionó dos de los botones, y, a la espera, se dedicó a dar vueltas por la estancia.

Quien llegó primero, como estaba previsto por Ferlinghe, fue Aurobinda, la hindú que se lo había dado todo a aquel tipo, que se sentía esclava, y al mismo tiempo protegida. La bellísima joven tenía un brillo fanático en sus negros ojos, cuando entró en el cuarto de Ferlinghe. Encontró a éste con los ojos cerrados, rígido, apretadas las mandíbulas. Aurobinda, inculta, prácticamente analfabeta, intuía, no obstante, que el señor Ferlinghe estaba pensando algo importante, por lo que no le interrumpió, no despegó los labios.

Por fin, él abrió los ojos. Fue un centelleo que sobrecogió un poco a Aurobinda. Y luego, se estremeció al oír aquella orden:

—Mátala.

La joven hindú quedó desconcertada. ¿Había oído bien? Ferlinghe dio unos pasos hacia ella, mirándola con obsesiva fijeza.

—A ella... ¡Mátala! ¿No la odias, acaso?

—No lo sé —susurró la muchacha—. Pero te obedeceré.

—Eso es. Pero escúchame con mucha atención. Pon tus cinco sentidos, ¿de acuerdo? Ella, ahora, va al centro. Allí, se encontrará con muchos amigos suyos. Son gente inútil, golfos que sólo se dedican al vicio, a la corrupción propia y de los demás, gente que nada vale, si se les retira sus talonarios de cuentas corrientes. No sé si entiendes esto.

—Sí, Ulrico.

—Magnífico. Tú, claro, en el burdel de lujo donde estabas, conociste a gente así.

Aurobinda inclinó la cabeza, y se mordió los labios, mortificada. Ferlinghe, tras una corta vacilación, murmuró:

—Perdona, Aurobinda, no he debido decir eso... Ahora, escucha lo que tienes que hacer: toma un cuchillo, y persíguela, sin que te

vea. Es muy importante que no te vea. Debes prestar atención al mejor momento. Los juerguistas siempre se meten en líos. A veces, pelean... Entonces, es el momento. Nadie sabrá cómo ni cuándo han matado a Samantha. ¿Lo has comprendido?

Ella, con los ojos muy abiertos, susurró:

—Sí, Ulrico.

—Magnífico... Confío en ti. Corre, no la pierdas de vista.

Y la besó en los labios, con fuerza.

Luego, ella abrió la puerta para marcharse. Allí estaban ya Verwoerd, y Ma-Tsein. Aurobinda, silenciosa, pasó de largo, y los dos penetraron en la estancia. Ma-Tsein cerró la puerta, y los dos hombres, con fugaz mirada, observaron aquel montón de ropas que había en la estancia, con el bolso y las joyas.

—Es el oro —dijo bruscamente, Ferlinghe.

—Por fin... —suspiró Verwoerd.

—Ya sabéis lo que tenéis que hacer, ¿no es así?

—Por supuesto, señor —dijo Verwoerd—. ¿Esta misma noche?

—Cuanto antes. Por lo pronto, intentad la comunicación ahora mismo. Si Zamyakin responde, y está preparado, no hay por qué perder tiempo. En todo caso, él dará las instrucciones oportunas. Tanto a Zamyakin como a nosotros nos interesa rapidez en la operación, Y ya, por fin, dispondremos de los elementos electrónicos que necesitamos para ultimar el trabajo.

—Bien, señor —asintió Ma-Tsein.

—Id. Rápido. Y quiero noticias inmediatas sobre la respuesta de Zamyakin. Ya conocéis la forma de comunicar con él, mediante la emisora.

—Yo me ocupo de eso —respondió Verwoerd.

—¿Y..., le entregaremos así el oro? —inquirió el pelado Ma-Tsein, con tono de duda.

Ferlinghe frunció el ceño, y reflexionó unos instantes, para acabar encogiéndose de hombros.

—Supongo que debemos darle facilidades —dijo—. Para nosotros, nada más fácil que convertir todo el oro contenido ahí en lingotes. Yo mismo, esta noche, me ocuparé de eso. Decidle que dispondrá del oro en lingotes.

—¿Y él transporte?

—Son sólo trece kilos. Id a la emisora. Os espero en la sala.

Los dos hombres salieron. Ferlinghe era, en aquellos momentos, un hombre excitado y feliz. Todo le estaba saliendo a la perfección. Claro que era una cierta contrariedad aquella decisión tomada con respecto a Samantha, pero ésta tenía demasiada personalidad, y una ambición excesiva y obsesiva... Era mejor así. Tras sus reflexiones, decidió ir a lo práctico. Él mismo tomó aquellas prendas, y abandonó la alcoba, en dirección a la parte secreta de la villa.

CAPÍTULO V

Había sobradas razones para que Kent Mayfair se sintiera perplejo. Aquella triple visita a las villas señaladas por Kulliat, podía ser mucho más productiva de lo que creyera en un principio... Su mayor asombro había sido ver a Samantha entrar en una de ellas. Concretamente, en la del tal Ferlinghe, que había sido ya con anterioridad la seleccionada, la que contaba con mayores probabilidades de contener algo importante, entre otras cosas, lo sospechó al descubrir en ella abundante vigilancia, bien armada, aunque disimulada.

Había visto entrar a Samantha, y esperó, sin querer arriesgarse, por el momento, a ninguna acción comprometedora. Su paciencia dio resultado, tal como esperaba por deducción. La estancia de Samantha en aquella villa duró alrededor de una hora. Luego, salió como había entrado, a pie, tranquila... Pero con menos brillo, con menos esplendor en su aspecto. Un detalle que, si bien no pasó desapercibido para Kent, no sabía a qué atribuirlo con exactitud. Por supuesto, iba a seguirla. Tal vez Samantha, aprovechando la borrachera de los invitados, fuese a ver a alguien más.

Otro motivo de sorpresa para Kent, corta sorpresa, fue el hecho de descubrir, diez minutos después de iniciar la persecución de Samantha, que ésta era doblemente seguida: aquella joven y bellísima hindú, ataviada con un sarong y de misteriosos movimientos, no cabía duda, iba detrás de Samantha.

Metido en un rickshaw, el agente de la CIA determinó pedir colaboración. Tenía medios para ello, por lo que mientras encendía un cigarrillo, su pequeña radio de bolsillo entró en funciones. El coolie no entendería una palabra de lo que dijera, así que estableció comunicación, oyó la voz de Kulliat:

- ¿Kent?
- Sí. ¿Dormías?
- Con los ojos abiertos, ya sabes.
- Sanísima costumbre, querido. ¿Dispuesto a la acción?
- Deseándolo. ¿De veras me necesitas?
- Sí. Presta atención, vas a utilizar el auto, tu otra casa, y...
- Pero..., ¿ya tienes algo?
- Auténtica casualidad. Escucha...

Era un escándalo tremendo. Estaban muy bebidos, los de aquel grupo, y de un momento a otro podía intervenir la policía, y quién más quién menos siempre huye de tal intervención, aparte de que los empleados del local se mostraron lo suficientemente firmes para que el grupo quedara en la calle, entre otros noctámbulos que lo estaban pasando bien con el escándalo.

Había allí una mujer que trataba de poner orden. Una bellísima mujer, ataviada con un vestido de guedejas, de falda larga, pero muy escotado. Nadie le hacía mucho caso, a excepción de una muchacha hindú, que se estaba acercando mucho a ella. Era una magnífica oportunidad...

Estaba ya tan cerca... Y nadie se fijaba en ella, ni la propia Samantha. Tan cerca, que incluso ya apareció el destello del cuchillo en su mano derecha.

Asestar tres puñaladas, dejar el cuchillo, y desaparecer, era cosa fácil. Todos aquellos hombres y mujeres se mostraban muy torpes para que pudieran hacer algo efectivo contra ella.

Así que Aurobinda se dispuso a descargar el golpe.

Fue cuando un par de manos enormes cayeron sobre ella. Con eficacia, sin ruido, con absoluta precisión. De una parte, atrapando el brazo de Aurobinda, y, por otro lado, amordazándola. En aquella posición, para Kulliat era un esfuerzo mínimo izar a Aurobinda entre la confusión, y llevársela de delante del club nocturno donde se había producido el jaleo. Kulliat, con la aturdida Aurobinda pataleando, pero sin poder emitir ni un gemido, se deslizó hacia la primera esquina, donde estaba el auto, un «Ford» negro grande y viejo, de potente motor, que estaba ya en marcha.

Sin la menor contemplación ni pérdida de tiempo, Kulliat arrojó a Aurobinda al interior del auto, y la muchacha se dispuso a gritar, a defenderse... Tenía ojos de fiera en aquellos instantes, mirando al

hombre que llevaba el rostro completamente oculto por una capucha oscura. Un hombre que se limitó a mover la diestra, como acariciando el cuello de Aurobinda, resultó una caricia algo dura, y la hindú pasó a la inconsciencia.

Mientras, Kulliat, sin despegar los labios, había desaparecido de nuevo. El enorme chino-turco, destellando su aro de oro en la oreja izquierda, volvió junto al grupo. La intervención policial era inminente, así que Kulliat se acercó rápidamente a Samantha, que ya no hacía el menor esfuerzo por calmar a los invitados. Ella estaba a salvo de sospechas ante César, y era lo único importante. Es más: se había apartado algo, y asumía una actitud casi contemplativa.

Oyó la voz:

—Puedo sacarla de aquí en segundos, señorita. ¿Le interesa?

Samantha se quedó mirando a aquel tipo enorme, que ponía cara de serafín astuto, en tales instantes. Casi respingó ante la envergadura del tipo, e iba a decir algo, cuando se oyó la llegada de un auto de la policía.

—Colijo que no le interesa el escándalo... Dese prisa. Son sólo cien dólares americanos... —dijo Kulliat.

Samantha reflexionó con rapidez. No le interesaba perder el tiempo en la Jefatura de Hong-Kong.

Necesitaba libertad de movimientos.

—¿Cómo puede...? —empezó.

—No pierda tiempo. Venga conmigo.

No había tiempo que perder, en efecto, estaban saltando los policías coloniales del furgón, y la gente trataba de desparramarse, otros se insolentaban, saltó algún cristal... Kulliat y Samantha se alejaron de todo ello. Allí en la esquina, motor en marcha, estaba el auto.

—Corra, pase junto a mi asiento —dijo Kulliat.

Samantha rodeó el morro del auto, y pasó junto al turco-chino, que ya estaba frente al volante, cerrando la portezuela. El coche salió como una exhalación, alejándose definitivamente del peligroso lugar.

Samantha soltó un suspiro.

—¿Se dedica siempre a esto? —inquirió, mirándole de soslayo.

Kulliat soltó una sonora carcajada.

—Es productivo... Se sale de juerga, se calienta la cabeza, se hacen tonterías... Y aparece Kulliat, elige a la persona idónea, y gana cien dólares. ¿No es un trabajo honesto e incluso humanitario?

Samantha, ante el cinismo de aquel enorme tipo, sonrió.

—Si usted lo dice... Vayamos hacia el puerto nuevo.

Kulliat, sin hacer caso, enfilaba el auto en dirección a los barrios chinos de la colina, pero, por supuesto, Samantha se dio cuenta, de inmediato, de que el gigante no seguía sus instrucciones.

—Le he dicho hacia el puerto nuevo —masculló—. Tal vez si mira mi mano derecha prefiera obedecer.

Kulliat rió entre dientes.

Luego, a los dos segundos, Samantha soltaba un inevitable grito de sorpresa, cuando su fina diestra era atrapada por dos fuertes manos que llegaron de atrás, y que se apoderaron con facilidad de la pequeña pistola que había extraído del bolso. Ella giró, jadeante, y sólo vio una capucha negra, el brillo de unos ojos en dos orificios de la capucha...

—¿Qué significa esto? —inquirió, muy tensa.

Una voz que le resultó completamente desconocida, sonó a través de la máscara:

—Mire a mi izquierda, al asiento.

Samantha ya había distinguido aquel bulto. Al mirar con mayor fijeza, identificó, con enorme sorpresa, a Aurobinda, que empezaba a gemir.

Otra caricia dejó a Aurobinda dormidita y acurrucada junto a Kent.

—No sé quién es... —intentó eludirse Samantha.

—Iba a matarla, señora Spencer.

—¿Ustedes me conocen?

—Teníamos proyectado su secuestro, y vimos que esta mujer quería asesinarla. Por supuesto, debíamos evitarlo. La necesitamos viva para que su esposo pague el rescate.

La mentira tranquilizó, en cierto modo, a Samantha. Por lo pronto, significaba que aquellos dos tipos no estaban al corriente de sus actividades. Pero, por otra parte... ¡El perro de Ferlinghe...! Había mandado a Aurobinda a matarla... ¡Quería deshacerse de ella! El fallo de Aurobinda le iba a costar caro, muy caro.

Quedó quieta, cerrados los ojos, reflexionando intensamente.

El auto se detuvo poco después, y, al abrir los ojos, Samantha sólo vio un portón oscuro. Notó que el gigante se movía, y poco después, aquel portón, lejos de toda luz, se abrió. Kulliat metió el auto en aquella especie de garaje-mazmorra y, poco después, ya las puertas bien cerradas, empezaron a encenderse algunas luces.

Ella iba delante, detrás, el tipo de la capucha oscura, cerrando la marcha, el gigante, con Aurobinda. Kulliat se desprendió de su carga, instantes más tarde, abrió una puerta, tiró dentro de un cuarto a Aurobinda, y cerró por fuera, guardando la llave en un bolsillo. Siguieron caminando, y finalmente llegaron a aquella estancia donde Kulliat cultivaba su máxima afición, donde se sentía mejor, donde meditaba y realizaba planes y contactos: allí era donde criaba ranas para su consumo, feos animales verdosos, de ojos saltones...

Una sorprendente estancia, bastante grande. Los criaderos de ranas, a un lado. Sillones, un biombo detrás del cual tenía una potente emisora disimulada... Había biblioteca, con libros incluso en sánscrito, que Kulliat traducía con relativa facilidad. Kent, al encontrarse allí, sonreía levemente, sonrisa que ocultaba la capucha. Allí mismo, en más de una ocasión, Kulliat le había leído importantes pasajes de libros escritos en sánscrito. Libros muy reveladores, capaces de forjar toda una filosofía vital, a un hombre de mediana inteligencia.

Samantha, por su parte, apenas podía ocultar su sorpresa, al ver la guarida del gigante del aro rutilante.

—¿Cómo se va a poner en contacto con mi...?

—Cállese ahora —cortó Kulliat.

Y el gigante se dirigió detrás del biombo, reapareciendo con un sobre, que, en silencio, entregó a Kent. Éste lo tomó, y estuvo examinando el contenido, sin permitir que Samantha viese nada.

Luego inquirió, con su voz desfigurada:

—¿Cuándo lo has recibido?

—Poco después de irte tú del sampán. ¿Es interesante?

—Tal vez. Guárdalo. Ya lo examinaremos luego, más detenidamente.

Sin comentarios, Kulliat guardó el sobre, con su contenido, detrás del biombo. Cuando regresó, se mostró un tanto expectante,

ya que Kent se estaba quitando la capucha, que arrojó a un lado.

La reacción de Samantha, tras el primer momento de auténtico asombro fue de alegría.

—¡Kent...! —exclamó.

Se arrojó en sus brazos, abrazándole. Y, de pronto, Samantha se echó a reír. Una risa loca, aguda...

—¡Ésta ha sido la mejor de tus bromas...! Me has asustado bastante, la verdad, pero cuando se lo cuente a...

—Llama a Ferlinghe, y di que has matado a la hindú.

La voz de Kent sonó seca, fría, aunque no realizase el menor aspaviento. Su mirada, al mismo tiempo, provocó un intenso frío en Samantha, cuya palidez fue aumentando de forma gradual.

—Llámale, Samantha. Y di lo que te he ordenado. Luego, tendremos tiempo para toda clase de explicaciones. Primero, haz lo que te he dicho.

—Pero... Pero..., ¿qué es esto? La broma ya va muy lejos, Kent. Creo que no deb...

La seca bofetada dejó a Samantha en los brazos de Kulliat. Con los ojos llenos de lágrimas, el espanto en el cuerpo, Samantha miraba a Kent Mayfair con la expresión de quien está mirando a un simple pingüino, animal inofensivo donde los haya, y le ve, de pronto, convertirse en un enorme y peligroso tigre.

—Kulliat, llévala al teléfono.

Sin que Samantha pudiera evitarlo en modo alguno, fue arrastrada detrás del biombo. Sí, había teléfono, una mesa de despacho de apariencia muy sencilla... Kulliat colocó a Samantha ante el aparato, y ella miró a Kent Mayfair, que los había seguido.

—N-no..., no sé quién es ese..., ese Fer... Fer...

—Ferlinghe. Estuviste allí hace algo más de una hora.

—Kent, no es cierto... Estuve con los invitados que...

—Te vi entrar y salir, Samantha. Llámale. No nos obligues a emplear más violencia.

La mano de Samantha temblaba cuando tomó el teléfono. Marcó un número.

—¿Quién llama? —inquirieron al otro lado.

—Que se ponga Ferlinghe —musitó Samantha—: de parte de Samantha.

Poco después, se oía la voz de Ferlinghe:

—Samantha, escúchame. Voy a decirte que...

—Escúchame tú: he matado a Aurobinda.

Y colgó.

Kent miró a Kulliat.

—No te descuides. Yo tengo que salir, para realizar una gestión imprescindible. Tengo la impresión de que, ante la noticia recibida, Ferlinghe movilizará a su gente, y alguien puede correr peligro. Un buen amigo mío... Tengo que salir. ¿Hay algo preparado para mí?

—Oh, ya sabes —sonrió Kulliat de oreja a oreja—. Siempre tienes aquí dispuesto tu vestuario.

—Gracias, Kulliat. Otra cosa: en tanto yo esté ausente, sonsaca a Samantha. No debe inspirarte ninguna piedad.

—No te preocupes. Kulliat desconoce eso de la piedad. Es absurda y negativa. Kulliat borró la piedad de su corazón, en cuanto supo con seguridad que cada hombre, cada persona, recorre a solas su camino.

Kent ya se iba. Pasó a un modesto cuarto, donde tenía caracterizaciones para elegir. Una breve sonrisa apareció en su rostro. Se quitó sus ropas, e instantes más tarde estaba transformado, con otras tomadas del surtido vestuario de Kulliat. Volvió a la estancia donde estaba Kulliat, e inquirió:

—¿Qué tal?

—Maravilloso —rió el gigante.

Samantha le miraba con los ojos muy abiertos.

—¿Quién eres, Kent? No entiendo nada...

—Díselo, Kulliat —ordenó Kent.

—Si se lo digo...

—He dicho que le hagas saber quién soy.

—Un agente de la CIA —refunfuñó Kulliat—. Sí, señora, Kent Mayfair es un agente de la CIA. Uno de los mejores de que el espionaje americano dispone en el Este asiático. Para usted quizá sea un divertido tonto, pero para mí es todo un tipo. Habla japonés, chino, malayo... ¡Qué sé yo! Tiene más mala leche que una cobra cuando alguien no le gusta, y, desde luego, cuando él empieza un trabajo ni Buda podría impedir que lo terminase. Yo he trabajado varias veces con Kent, somos buenos amigos, comemos ancas de rana juntos, y a veces, hasta nos hemos divertido. Estoy seguro de que Kent tiene muchos otros amigos como yo en todo el Este de

Asia, adonde quiera que vaya: Formosa, Japón, Macao, Filipinas, la misma China... Bueno, ¿qué más demonios puedo decirle? ¡Kent es un espía, y es mi amigo, eso es todo!

Samantha dejó de mirar con expresión desorbitada al gigantesco Kulliat para mirar a Kent Mayfair... Es decir, a aquel personaje desconocido para ella, pero que tenía la voz de Kent Mayfair. ¿Era posible? ¿No sería todo una broma más de Kent, que siempre sabía encontrar el lado divertido de las cosas...?

—No —la sorprendió Mayfair—. No es ninguna de mis bromas, Samantha.

Ella emitió un grito de espanto, y Kulliat sonrió, con la expresión del maestro que se admira de la listeza de un alumno.

—¿Se da cuenta? —exclamó—. ¡Apuesto a que le ha leído el pensamiento! A mí, una vez...

—Kulliat, la broma ha terminado —cortó Mayfair—. Yo tengo que salir inmediatamente, pero volveré en cuanto pueda, y hablaremos entonces más extensamente con la señora Spencer. Cuida de ella, pues, hasta mi regreso.

CAPÍTULO VI

El sirviente del yate llamó a la puerta del camarote de César Spencer. Éste, aunque era muy tarde, no dormía. Últimamente le resultaba muy difícil conciliar el sueño. Ni siquiera estaba en cama. Sentado en un sillón, con los ojos algo irritados, y ronca la voz, autorizó:

—Adelante.

Entró el sirviente, y murmuró:

—La policía, señor. El capitán Wicleff... Roger W. Wicleff.

—¿La policía? ¿Qué es lo que ocurre?

—Debo decirle, señor, que los invitados, en buen número, se han desmandado.

—Vaya... Le recibiré en el salón...

—No es necesario. Podemos hablar aquí mismo, señor Spencer.

Era una voz desconocida, de un tipo vestido con las ropas de oficial de policía de la isla: sahariana, pantalón corto, bastón, revólver de reglamento. Un tipo alto, fuerte, cabello gris, bigote caído... Había aparecido de pronto, y parecía ocupar todo el marco de la puerta.

César murmuró, dirigiéndose al sirviente:

—Puedes irte.

Instantes después, el capitán Wicleff entraba, cerrando la puerta.

—Bien, capitán, usted dirá. Si mi esposa ha...

—Debes estar preparado para una pésima noticia, César.

César Spencer respingó.

—¡Kent! ¡Pero...!

—Aquí vas a demostrar tu temple, César. ¿Preparado?

—Pero..., ¿qué significa esto? Yo pensé que te ocupabas del asunto de la CIA, y...

—Se ha mezclado con lo de Samantha.

—¡No es posible! ¿De qué estás hablando?

—¿Preparado o no, César?

César Spencer cerró los ojos.

—Preparado —susurró.

—Samantha tiene que morir. Está sentenciada. Por tanto, olvídale y rehaz tu vida. No puedo decirte que lo siento, puesto que esa mujer te estaba destrozando.

—Pero... ¿qué ha hecho? ¿Qué está ocurriendo?

—Vamos a dejarlo, de momento, ya que urge que sigas las instrucciones que voy a darte: abandona el yate. Puedes correr algún riesgo, ya que hay noventa y nueve probabilidades entre cien de que una manada de lobos armados con metralletas se presente aquí, en busca de Samantha. Podría haber incidentes gravísimos, y yo no toleraría que algo te ocurriera. Así pues, abandona el yate, con toda la gente. Tendrás facilidades, en cierto modo, ya que hay algunos invitados detenidos, y los otros andarán desperdigados por ahí. Reúnelos, y alojaros, bien protegidos, en cualquier sitio.

—Pero... Samantha... Ella...

—De momento, es todo, César.

—Dios mío... Y tú misión en la CIA te ha mezclado con...

—Sí. Date prisa. Yo debo irme ya.

—¡Puedes estar equivocado! ¿Por qué he de creer todo lo que me dices? —De pronto, inclinó la cabeza, y agregó, con un hilo de ronca voz—: Perdona... Perdona, Kent... Haré lo que me dices. La amo aún, pero, como has dicho, aquí he de demostrar mi temple. Puedes irte tranquilo.

—Hasta pronto, César.

Kent, ya con su verdadero aspecto, estaba ante Samantha, diciendo:

—... Y quiero saber qué has estado haciendo con la fortuna robada a César. Puedo deducir muchas cosas, pero prefiero oírte.

El cerebro de Samantha estaba experimentando unos latidos monstruosos. ¿Qué pensaba hacer Kent Mayfair con ella?

—Responde, Samantha. Has estado robando paulatinamente a César. Tanto has abusado, que él, aún amándote, se ha dado cuenta. Me llamó para que fuese yo quien descubriese la verdad. César me conoce bien, sabe hace tiempo que soy... un sujeto de cuidado.

Aunque quizá no tanto como tú, ¿verdad? Dime: ¿qué haces?, ¿qué has hecho con todo lo robado? También quiero saber cómo y a quién lo entregas, y para qué.

Samantha creyó que podía ser un recurso empezar a derramar lágrimas, pero saltaron de sus ojos cuando el agente de la CIA le asestó un seco revés en la boca. Los labios de Samantha y los dedos de Kent quedaron manchados de sangre.

—No quiero perder tiempo, Samantha. Hay quien me puede proporcionar esas mismas respuestas.

—Y-yo..., yo sólo quería dinero...

—¿Para qué?

—Pues..., pues para..., para...

—¿Lo entregas a Ferlinghe? Sí, estoy seguro. ¿Cómo lo haces?

—No... No es verdad...

Kent miró a Kulliat, y pidió:

—Trae la fotografía.

El gigante obedeció, en silencio. Le entregó la fotografía que extrajo del sobre recibido aquella misma noche. Kent le puso la fotografía a Samantha, ante los ojos.

—John Longfellow —dijo Kent—. Tu primer marido, que, al parecer, murió en circunstancias misteriosas... ¿Quieres saber qué sospecho?

Samantha no despegó los ensangrentados labios, pero su silencio y palidez eran muy significativos. Tanto, que Kent entregó la fotografía a Kulliat, y dijo:

—Ve a enseñarle la foto a Aurobinda. Si se resiste, no vaciles. Pero ni una sola palabra más, cínnete a la fotografía, a ese hombre.

Kulliat se fue, y Kent encendió un cigarrillo, quedando pensativo casi un minuto. Luego, posó su fría mirada gris en los ojos de Samantha.

—¿Qué sabes del fenómeno del blanco fulgor incandescente? —inquirió, de pronto.

Temblaron los rotos labios de Samantha.

—N-no..., no entiendo...

—Siento no poder creerte. Voy a...

Regresó Kulliat, miró a Samantha, luego a Kent, y rezongó:

—Aurobinda dice que este tipo es Ferlinghe... No entiendo.

—Kulliat, no me decepciones —sonrió con frialdad Kent—. La

jugada salta a la vista. Sabemos que Longfellow es un pobre diablo, con estudios científicos superiores, pero incapaz de lograr un buen trabajo. Y de pronto, muere. Deja una esposa que se consuela muy pronto con un multimillonario llamado César Spencer. ¿La jugada? Longfellow ha hallado algo, y lo quiere poner en práctica particularmente, pero carece de medios. Entonces, entra en juego Samantha. Ya la ves, es una mujer espectacularmente hermosa... Y es fácil encontrar el mirlo blanco: César. Le empieza a robar para poder entregar el dinero a su primer esposo, que no está muerto. Samantha realiza tres delitos al mismo tiempo: bigamia, robo, y mucho me temo que espionaje. O quizá más delitos, porque el dinero que roba no sale en efectivo... ¿En qué me equivooco, Samantha?

La pelirroja se sentía derrotada. Su mente aún no asimilaba aquella personalidad de Kent.

—En nada, ¿verdad? —Gruñó Kent—. Se supone que tanto el efectivo como las joyas, como los objetos de valor de César, se refunden en una sola cosa: oro. ¿Cómo lo transportas? Esta noche, estoy seguro, has entregado a tu esposo, a Longfellow-Ferlinghe, una remesa de oro. ¿Cómo?

—Kent... Kent..., te lo diré, pero no me mates...

—Habla. Luego decidiré.

—Jura que no me matarás... Desapareceré, nunca diré a nadie lo que sé sobre ti...

Kent reflexionó un instante. Le molestaba recurrir a la tortura, aparte de que perdería tiempo. Por tanto, con toda tranquilidad, dijo:

—Lo juro.

Samantha casi sollozó de alegría.

—Sí, sí, es verdad... Mi marido descubrió algo importante, y no teníamos un centavo, entonces. Había sido muy rico, pero se arruinó detrás de sus experimentos. Fingió su muerte, yo encontré a César, y así he provisto de medios a mi marido... En efecto, todo lo de César lo convierto en oro. Tengo amigos, les pago bien, y ellos convierten el oro en cosas: vestidos, zapatos, bolsos... Le he hecho entregas, por muy diversos medios. La de esta noche, estaba en mi vestido, en los zapatos, y el bolso. Yo llevaba un repuesto idéntico de cada cosa...

Kent esbozó una torcida sonrisa. Ya comprendía la falta de esplendor de Samantha, cuando salió de la villa de su esposo.

—Está bien. Tu marido es un cerdo, Samantha, me refiero a Longfellow, claro está. Sin duda, ésta era la última remesa de oro, y, en pago a todo lo que has hecho por él, envía a Aurobinda a asesinarte.

—Sí... ¡Esa sucia concubina!

—Dime: ¿en qué invierte el oro Longfellow?

—Bueno, yo no soy científico. Ese fulgor es cosa suya. Es... un robot incandescente, con fulgor blanco... Pero hay que perfeccionar algún mecanismo, y esta última remesa de oro, de trece kilos, servirá para pagar, a un técnico ruso, un equipo completo, modernísimo, electrónico, de controles.

—¿Cómo se llama ese ruso?, ¿cómo encontrarle?

—Lo siento, Kent ¡Te lo diría si lo supiera!

—¿Y qué pretende Longfellow, creando ese robot de incandescencia blanca? Siembra el pánico, la muerte, incluso funde rocas cercanas, evapora el agua, arrasa con su calor increíble.

—El proyecto que me interesa era el del dinero que se podía obtener con ese robot, Kent... No sé cómo piensa utilizarlo, ni dónde. Yo he conseguido el oro que necesitaba John, y me disponía a recoger, a manos llenas, los beneficios, cuando él triunfase. No sé nada de datos técnicos, ni sus inmediatos proyectos.

Kent parecía estudiar aquella respuesta, intentando llegar a una conclusión sobre su veracidad.

—Entonces..., ¿qué más tienes que agregar? —murmuró.

—Nada... ¡Lo sabes ya todo, Kent, te lo juro! Ya no puedo servirte de nada... ¡Por favor, déjame marchar!

—¡No digas tonterías! —bufó Kulliat.

—Pe-pero... ya no les sirvo de nada... Kent, dejadme marchar... ¡No me verás nunca más, te lo juro! Y tampoco César, no le molestaré más. Me iré inmediatamente de Hong-Kong...

¡Tengo que irme inmediatamente! Me obligaste a decirle a John que Aurobinda había fallado, así que enviará más gente para matarme...

¡Tengo que escapar, como sea y cuanto antes, Kent!

El agente de la CIA se pasó las manos por la cara, en un gesto de fatiga y de indecisión.

—No es factible eso, Samantha, lo siento. No por ahora, al menos. Sería una estupidez, que un profesional del espionaje, como yo, no puede cometer, evidentemente.

—Vas a matarme —se desorbitaron los ojos de Samantha—. ¡Sé que vas a matarme!

—No seas estúpida —gruñó Mayfair—. Simplemente, en las actuales circunstancias, no puedo dejarte marchar, de modo que te quedarás aquí. Me gustaría poder confiar en ti, y llegar a algún acuerdo que te resultase cómodo, pero sería muy ingenuo por mi parte. De modo que Kulliat te atará, te amordazará, y te ocultará en alguna parte de esta casa, hasta que podamos tomar una decisión sobre ti. Si eres razonable, y te tomas las cosas con calma, seguramente, todo terminará bastante bien para ti. ¿De acuerdo?

—Es una buena oferta, señora —refunfuñó Kulliat—. Otros, por menos, han pasado por la picota. Además, si no acepta, me veré obligado a degollarla. ¿Qué prefiere?

Samantha se quedó mirando con expresión aterrorizada a Kulliat, y Kent Mayfair sonrió secamente.

—Me parece que la señora Spencer sabe elegir entre lo conveniente y lo no conveniente... para ella. Empaquétala adecuadamente, y búscale un acomodo, Kulliat. Yo voy a hablar con Aurobinda.

Salió de aquel cuarto, y fue al otro, dentro del cual, encerrada, estaba Aurobinda. Cuando el agente de la CIA se detuvo ante la puerta, oyó rumor en ésta, y sonrió secamente. Era de esperar que la muchacha intentase abrirla, y escapar. Hizo un poco de ruido con los pies, carraspeó... Al otro lado cesó todo ruido.

Mayfair entró entonces, tranquilo... Y ni siquiera se inmutó cuando Aurobinda, que se había escondido «muy astutamente» detrás de la puerta, saltó contra él, intentando sorprenderlo con su ataque.

Fue rechazada sin violencia por Mayfair, que entró y cerró la puerta, mirando casi amablemente a la muchacha, que retrocedía hacia un rincón. Bellísima, llena de vida, de deseos de seguir viviendo... Parecía una cría de pantera asustada. Aquellos relucientes ojos negros, la boca tan roja...

—Quiero que sepas algo —dijo, de pronto, Kent.

—Sólo quiero salir. ¡Tengo que...!

—Es importante, Aurobinda. Cálmate, y presta atención. En realidad, de haberse cumplido las órdenes del señor Ferlinghe, estarías ya muerta... No obstante, ni Kulliat ni yo hemos tenido valor para acabar contigo. ¡Eres tan joven y hermosa!

—¿Qué quiere decir con todo eso? Está mintiendo...

—No. Te confesaré que Kulliat y yo trabajamos para el ruso, ya sabes. Y recibimos del señor Ferlinghe el encargo de matarte. Una colaboración especial, bien pagada. ¿Comprendes ahora? Ferlinghe, por lo que he podido averiguar, quería deshacerse de ti, cuando llegase su esposa. Muy astutamente, Ferlinghe te mandó seguirla para matarla, pero, en realidad, la muerta habías de ser tú. Concretamente, Kulliat debía haberte roto el cuello. Pero nos ha faltado corazón para destruirte.

Con los ojos casi desorbitados, Aurobinda estalló:

—¡No es cierto, no es cierto...!

Kent hizo un movimiento de pesar con la cabeza.

—Lo creas o no, Kulliat y yo no sabemos qué hacer ahora contigo, Aurobinda. No deseamos matarte... Tampoco, sin más, podemos dejarte salir de aquí. ¿Qué sugieres?

—¡Déjenme salir! Iré con Ulrico, y...

—No. Compréndelo. Si te ve viva, sabrá que no hemos cumplido, y podría peligrar su trato con el ruso.

—Por lo demás, si te presentas allí, será inevitable lo que Kulliat y yo hemos impedido esta noche: me refiero, claro está, a tu muerte.

—Ulrico no ha podido hacer eso... ¡Iba a deshacerse de su esposa, estoy segura!

—Reflexiona, Aurobinda. Ulrico Ferlinghe te ha estado utilizando, en tanto ha durado la ausencia de su esposa. Sé que es duro para ti, pero es la única verdad. Has sido su... esclava, por decirlo así, con eufemismos... Has sido su juguete, pero, por lo visto, ya no pensaba utilizarte más. Y un juguete peligroso se rompe. ¿Me entiendes?

—No puedo creerlo... ¡No puedo!

—Eres tan joven...

Kent se había acercado a ella, y alargó la diestra, con la que acarició con mucha suavidad el fino rostro de la bella hindú. Ella, al principio, parecía encogida, dispuesta al salto, o a morder aquella

mano, pero acabó inmóvil, aceptando la caricia.

—Sí, eso es cierto —susurró—. Me recordó que yo no era más que una chica de burdel... Ya debía estar pensando en deshacerse de mí...

—Sin duda.

—Y me ha engañado de un modo miserable...

—En efecto.

—No sé qué hacer... ¡Ahora le odio! —sollozó la hindú.

—Lo entiendo. Pero no debes cometer ninguna imprudencia. Nos costaría caro, a Kulliat y a mí. Mira..., te confesaré los planes del ruso: es mentira que tenga preparados los equipos electrónicos que precisa Ferlinghe. Mentira, sí. Éste es un juego tan sucio, pequeña... Lo único que quiere el ruso es apoderarse del oro de Ferlinghe. Kulliat y yo somos ayudantes del ruso, en esa empresa. ¿Te das cuenta? Traición, mentira, crimen...

Aurobinda, muy aturdida, se mordía los labios. Traición, mentira, crimen. Sí, muy cierto. Pero aquel hombre la tranquilizaba con su presencia, con su voz. Aquel hombre no había querido matarla...

—Aurobinda, quédate con nosotros. Al ruso no le importará que estés viva o muerta. Es más: posiblemente, te recompense bien si nos ayudas a apoderarnos del oro.

—¿Puedo refugiarme con Zamyakin, entonces? —susurró Aurobinda.

Kent vaciló.

—Está bien oculto, y... —empezó.

—Oh, yo sé dónde está. Se comunican por emisora, o radio, no entiendo, pero se halla en un sampán aislado, que parece comido por las ratas, en la rada de la entrada a Victoria.

—Vaya, veo que sabes bastante.

—Todo eso lo he oído decir a Ferlinghe. Por favor, ocúlteme. Les ayudaré, aunque no sé cómo...

—Quizá sería mejor que te quedaras aquí... Estás a salvo, siquiera de momento. No te preocupes. Yo mismo vendré a buscarte, en el momento oportuno. Dime, Aurobinda: ¿te repugna la idea de que yo vuelva a buscarte aquí?

—No —dijo ella, con un hilo de voz—. No, no.

—Entonces, no te muevas hasta que yo venga. Puedes salir de

esta habitación, pero no abandones la casa. Espérame. Voy a ganar bastante dinero con esta operación, y luego... el mundo es ancho para sólo dos personas. Tú y yo. A mí no me importa lo que hayas sido, ni jamás te lo echaré en cara. Yo le dije a Kulliat que no podía matarte. Confía en mí, Aurobinda.

—Sí, sí... Deja que te ayude... ¡Odio a ese cerdo!

—Si te necesito, te llamaré. Mientras, haz lo que te digo.

Era tanta la proximidad... Y la hindú estaba como hipnotizada. No había modo de impedir el beso de aquel gigante rubio. Ni había por qué impedirlo. Era una nueva emoción para Aurobinda encontrarse en los brazos de un hombre como no había conocido otro igual... Aquello no tenía nada que ver con otras veces. ¡Con tantas y tantas veces, en las que no había sentido nada, nada, nada...!

Desde muy niña, sabía muy bien lo que eran los hombres. Los había conocido de todas clases, de todas nacionalidades y razas, y nunca, después de cumplir su cometido de mujer, había experimentado nada. Ni siquiera antes de darse como mujer. Siempre lo había hecho impulsada por el dinero..., por el único modo de ganar dinero que sabía desde muy joven, cuando comenzó, impulsada por sus parientes, en las calles de Calcuta...

No.

Aurobinda nunca había conocido a un hombre como aquél..., tan embustero, tan falso, tan... espía. Los otros habían dado algo a cambio, pero éste no daba nada, salvo su mentira de profesional del espionaje. Y sin embargo, con toda su juvenil experiencia, Aurobinda no supo verlo, no supo comprenderlo cuando sus labios se encontraron entre los de aquel hombre, cuyos brazos parecían de acero. Un torbellino de luces pareció estallar en su cabeza, un volcán de sangre, algo nuevo, explotó en su interior, con aquel beso profundo y larguísimo.

Un beso que terminó cuando la joven hindú estaba volando en un cielo de color rosado nunca entrevisto siquiera.

—Tengo que marcharme ahora —susurró él.

—No... ¡No, por favor, no! ¡Quédate!

—Aurobinda, no es posible... Ferlinghe tiene el oro, y hay otras cosas que hacer... Debo marcharme. Pero cuando regrese, todo comenzará para nosotros.

La muchacha se abrazó desesperadamente al cuello de Kent Mayfair.

—El estará... fundiendo el oro ahora, lo sé... No sé dónde ni cómo lo hace, pero no conseguirías llegar hasta él... ¡Quédate conmigo... sólo unos minutos!

—¿Está fundiendo el oro? ¿Qué hará luego?

—Se lo enviará al ruso... ¡Pero eso necesita tiempo! Te lo suplico... Mira. ¡Todo es tuyo! ¿No deseas nada?

El sarong de Aurobinda cayó al suelo. Mayfair se quedó mirando el esbelto y bellissimo cuerpo que parecía de bronce... ¿Ferlinghe necesitaba tiempo para fundir el oro de Samantha?

Volvió a abrazar el cuerpo de Aurobinda, que vibró como una varilla de acero, con una fuerza increíble. Las manos del espía se deslizaron por la tensa piel ardiente, y su boca volvió al encuentro de la de Aurobinda, de la que brotó un fortísimo suspiro, mientras tiraba de Kent Mayfair, lo arrastraba con ella en busca de aquello nuevo, aquello que por primera vez sucedía en la vida de Aurobinda.

Veinte minutos más tarde, Kent Mayfair acariciaba una mejilla de la muchacha, de nuevo los dos en pie.

—Ya no puedo esperar más —susurró.

—Está bien —el rostro de ella resplandecía—. ¿Qué quieres que haga yo?

—Nada. Sólo esperar aquí... En la casa, hay de todo. Quédate aquí y espera, eso es todo. Haz todo lo que quieras aquí dentro, pero, por encima de todo, no salgas de la casa.

—No saldré. Te estaré esperando, aquí, siempre.

Un nuevo beso, una última caricia... Mayfair recogió el sarong, y se lo tendió a la muchacha, que le sonrió como fascinada. El agente de la CIA sonrió también, y ya, sin más palabras, salió de aquel aposento, donde, una vez más en su ya larga carrera de espía, había mentido.

Cuando se reunió con Kulliat, éste se hallaba sentado en el suelo, con las piernas cruzadas, un cigarro entre los dientes, la expresión pensativa. Le oyó llegar, y alzó la mirada. Una mirada amable y amistosa, pero en la que se leía la comprensión de todo.

—¿No crees que has perdido mucho tiempo, Kent? —musitó.

—No. Todo está calculado... Aunque, ciertamente, ya no

podemos esperar más. ¿Has dejado bien empaquetada a Samantha?

—No podrá moverse ni en cien años.

—Entonces, vámonos.

—¿Y la otra?

Kent Mayfair sonrió acremente.

—La otra es solo... una pequeña célula de mi voluntad. No te preocupes por ella. Vamos en busca de ese ruso que vive en un sampán carcomido por las ratas...

CAPÍTULO VII

Ma-Tsein, acompañado por uno de los hombres que formaban parte del comando que se entrenaba en la villa de Ferlinghe, llegó muy cerca del sampán que les interesaba. Durante casi un minuto, estuvieron mirándolo. No se veía luz alguna en la vieja embarcación comida por las ratas del puerto.

—¿Estás seguro de que es ahí? —preguntó Jelah.

Ma-Tsein asintió con la cabeza.

—Seguro, sí —apoyó de viva voz.

—No se ve ninguna luz.

—Lo que indica que todo va bien. Zamyakin es un hombre muy precavido. Podría tener encendida alguna luz, pero es demasiado listo. Vamos allá.

Ma-Tsein cargaba con la maleta, mientras Jelah hacía funciones de guardaespaldas, muy vigilante, muy atento a todo. Ma-Tsein llevaba la responsabilidad del asunto, y Jelah respondía de la seguridad de Ma-Tsein, quien, cargando con la maleta que contenía el oro, caminaba decididamente hacia el sampán. Detrás de ellos estaba el coche en el que habían llegado, y en el cual transportarían el equipo electrónico que les entregaría el ruso. Un equipo carísimo, pero cuyo tamaño y peso sabían ya que era reducido.

Para llegar al sampán de Zamyakin tuvieron que recorrer algunas de las pasarelas que unen unas embarcaciones con otras, aunque sólo sea como punto de apoyo para poder circular por ellas. Ma-Tsein emitió un gruñido cuando una rata se escurrió entre sus pies y desapareció. ¡Maldito ruso! ¿No podía haber buscado un lugar menos molesto para instalarse? Aunque, realmente, Zamyakin se había metido en un buen lío, impulsado por la codicia: seguramente, había robado aquel equipo en Rusia, o en cualquier

instalación técnica soviética asiática, posiblemente bastante cerca de

Hong-Kong.

¿O sería cierto que el aparato era invención suya? ¡Bah!

Finalmente, llegaron al sampán. Saltaron a él, resonando sus pies en la húmeda cubierta. Esperaron unos segundos, pero nada sucedía, Zamyakin no aparecía. Y todo seguía aún a oscuras... Los dos hombres cambiaron una mirada.

—¿Qué pasa? —susurró Jelah.

Ma-Tsein encogió los hombros, y luego llamó:

¡Zamyakin!

—¡Pasen adentro, estúpidos! —Les llegó una bronca voz, en inglés, desde el interior de la vivienda flotante.

Ma-Tsein y Jelah suspiraron, aliviados. Sí, todo iba bien, naturalmente.

Entraron en la vivienda, y, mientras tanto, dentro se encendió la luz. Una luz de gas, que por un par de segundos deslumbró a los visitantes. Luego, ambos se quedaron contemplando, estupefactos, al gigante enorme del aro de oro en una oreja, que los contemplaba con expresión sarcástica.

—¿Qué pasa? —dijo en chino el gigante del pendiente—. ¿No has visto nunca a un hombre tan grande como yo?

Ma-Tsein parecía incapaz de reaccionar, pese a que estaba comprendiendo perfectamente que las cosas no iban tan bien como él había creído.

Pero Jelah sí reaccionó, ateniéndose a su cometido junto al menudo chino que llevaba nada menos que trece kilos de oro. Para Jelah la situación era indiscutiblemente peligrosa, por una sola razón: no entendía lo que sucedía. Y cuando él no entendía una cosa, significaba que había peligro.

En la villa, Jelah se entrenaba con metralleta, y con otra clase de armas más o menos sofisticadas, pero, a la hora de la verdad, él siempre prefería el cuchillo. Y, por otra parte, aunque fuese un gigante, ante él sólo tenía a un hombre. Así pues, sin más complicaciones, Jelah sacó rápidamente su cuchillo, y se abalanzó contra Kulliat, emitiendo un ronco grito, que intentaba ser terrorífico, y que sólo consiguió una sonrisa por parte de Kulliat.

Éste se apartó de la trayectoria del cuchillo, con una agilidad

sorprendente en un hombre de su tamaño, y, al mismo tiempo, lanzó sus manazas hacia el brazo de Jelah, que soltó un grito bien diferente cuando aquellas tenazas hicieron presa en él. Intentó revolverse, dando un tirón para soltarse, pero fue el más vano intento de su vida. Sin inmutarse, Kulliat retorció aquel brazo como si fuese el tallo de una flor, se lo colocó bajo el sobaco, presionó con éste hacia abajo, y tiró de la muñeca de Jelah hacia arriba.

El brazo crujió como una caña seca, arrancando un gemido espeluznante de las entrañas de Jelah, que quedó con el brazo partido por dos sitios, lívido de dolor y espanto, en poder de aquel gigante que parecía no tener otra cosa que hacer más que seguir el juego...

Ma-Tsein, por su parte, entendió: Kulliat era un auténtico monstruo todo músculo, al que sólo se podía detener de un modo: un balazo en la cabeza. Y el chino, con una automática en la diestra, tras haber dejado caer la maleta que contenía el oro, empezó a apretar el gatillo...

Kulliat dejó escapar una carcajada. Hacía algún tiempo que no lo pasaba en grande, como aquella noche Había agarrado a Jelah, que, impotente, sólo pudo patear, y sólo por unos segundos, el tiempo justo de que las balas que iban dirigidas a la cabeza de Kulliat se hundieran en la suya propia.

Ya cadáver, y ante el terror de Ma-Tsein, que quería retroceder, disparando aún, Jelah fue lanzado como si fuese una colilla en dirección al chino. El choque fue lo suficientemente duro para que Ma-Tsein perdiera el equilibrio, y rodara por el suelo, emitiendo unos extraños gritos, tratando de deshacerse de aquel cadáver que tanto le entorpecía. Lo estaba consiguiendo, cuando Kulliat, ya junto a él, lanzó el pie hacia su cuello, propinándole una patada no muy fuerte, pero tan bien dirigida que la nuca del chino emitió un revelador chasquido. Y allí quedó, ojos abiertos, mueca de terror, inmóvil completamente.

Kulliat hizo un gesto de decepción. ¿Ya había terminado todo?

Mientras, por fin, Kent, que había estado empuñando una automática, se hizo visible, apareciendo de detrás de la cortina, que no era más que una miserable manta, pero suficiente para cubrirle.

—¿Sabes una cosa, Kulliat? No me gustaría que fuésemos enemigos —comentó Kent.

—Bah... Contigo no podría, eres mucho más peligroso que yo. ¡Pero más gandul! —rió.

Kent miró aquellos cadáveres, y pareció dudar.

—Sólo falta ver si Aurobinda reacciona como yo espero. Claro que antes voy a llamarle por teléfono... Salgamos de aquí.

—¿Qué harás con ella?

—No lo sé. No perdamos tiempo.

Se acercó a la maleta, y la abrió, moviendo la cabeza.

—Lingotes de oro —susurró Kulliat.

—Sí. Y, según explicó Samantha, aquí debía haber un vestido, zapatos, un bolso...

—¿Mintió, entonces?

—No lo creo. Lo que sucede es, a mi entender, que Ferlinghe, o Longfellow, dispone de medios técnicos para obtener elevadísimas temperaturas, tanto como para fundir el oro, por ejemplo. Y lo ha convertido todo en lingotes. Pero lo que importa, de momento, es que tengo el oro.

—No es de la CIA, Kent.

—Lo sé bien. Es de César Spencer, un buen amigo al borde de la ruina. Se lo devolveré, por supuesto. Por lo pronto, ocúltalo en tu sampán. También tenemos que llevarnos el equipo electrónico que tenía Zamyakin, y que iba a trocar por este oro. Interesante equipo, ¿no te parece?

—No entiendo mucho de esas cosas.

El equipo estaba detrás de la manta que hacía las veces de cortina. Era como una máquina de escribir portátil, y su peso no parecía mayor. Kent lo tomó, mientras Kulliat cargaba con los trece kilos como si se tratara de una liviana anca de sus ranas, su manjar preferido.

—Andando —dijo Kent, apagando la luz.

Poco después, los dos hombres, meras sombras que pasaban inadvertidas por completo, abandonaban el sampán, y aquellas intermediaciones, dirigiéndose hacia el lugar, oscuro y húmedo, donde Kulliat había dejado su auto. Se metieron en el vehículo, al volante Kent Mayfair, quien, tras unos minutos de recorrido, estacionó ante una cabina telefónica. Salió del coche, para introducirse en la cabina. Reflexionó unos instantes, y luego marcó el número correspondiente.

Parecía que no había nadie...

Transcurrió un minuto antes de que llegara la respuesta, una voz cauta, algo temerosa:

—¿Sí?

—Aurobinda, soy yo. Ha ocurrido algo muy grave: mi amigo y yo hemos sido descubiertos. Han matado al ruso, a Zamyakin, y nosotros dos estamos en un grave riesgo. Me encuentro solo ahora. Kulliat ha sido atrapado. Tengo que hacer por él lo que sea necesario, ¿comprendes? Nunca abandono a un amigo.

—Pero deberías salvarte tú. Escucha, no importa cómo ni de qué manera, tú y yo podríamos... ¡Si ni siquiera sé tu nombre! —gimió Aurobinda.

—Lafcadio... Sí, nos conocemos tan poco...

—¿Y eso qué importa? La vida... ¡Lafcadio!

Aurobinda había oído por el teléfono una especie de estertor.

—¡Lafcadio...! —volvió a gritar.

Tras el estertor, se hizo el silencio. Aurobinda estaba agarrada al teléfono, con ansiedad, con temblor, con angustia en su joven corazón, que había latido fuerte, por primera vez en su vida.

—¡Lafcadio...! ¿Qué ocurre...? ¿Qué te han hecho...?

Aurobinda entendía que Lafcadio había sido sorprendido mientras le telefoneaba, y estaba pegada al auricular, tratando de captar algo más, cuando oyó una voz seca, que no reconocía:

—A quien esté ahí: caeréis todos.... ¡Todos!

Y se cortó la comunicación.

Aurobinda, llenos de lágrimas los ojos, permanecía estática, con el teléfono en la mano. Las lágrimas resbalaban por sus finas mejillas. ¡Qué extraño dolor sentía dentro del pecho! Caeréis todos, le habían dicho... ¡Habían matado a Lafcadio! ¿Quién? Sólo podía ser el maldito Ferlinghe. ¡Sólo aquel perro embustero, traidor...! Y sintió asco, náuseas, al recordar los momentos en que había sido su juguete, su muñeca, su esclava, los momentos en que le entregó el cuerpo. Y sufrió un espasmo de rabia, tanta ira, que incluso su bello rostro quedó convertido en una fea máscara de odio.

Un odio fanático, inhumano, se apoderó de ella, de pronto, fue como un trallazo en su mente, un trallazo que, sin más, parecía condicionarla, convertirla en una autómatas, con un único objetivo en su vida: acabar con Ferlinghe. Iba a vengar a Lafcadio... ¡Y a

tomar venganza por sí misma también! Ella tenía medios para poder intentarlo, cuando menos...

Por fin, colgó el teléfono, y se quedó como alucinada, inmóvil, con terribles imágenes en su mente. ¿Qué podía hacer? No era persona de ideas luminosas, ciertamente. Ni siquiera rápidas. Pero la solución fue llegando, lentamente. Habían matado a Lafcadio, así que..., ¿qué otra cosa podía hacer sino vengarlo?

Pero... ¿cómo? ¿Qué podía hacer ella sola? Aurobinda estuvo inmóvil todavía un par de minutos. Por fin, se dispuso a buscar algún arma en la casa. Seguramente, Lafcadio y su amigo debían tener armas allí, en alguna parte, aunque fuesen escondidas... ¡Y ella las iba a encontrar!

Muy poco después, en efecto, había encontrado armas. Es decir, una sola arma: una daga reluciente y afilada. Pero aquello no era suficiente, y ella lo sabía. Así pues, siguió buscando por la casa... Solamente encontró una puerta cerrada, a la que en principio no hizo caso, ni insistió en abrirla. Pero, cuando después de la búsqueda no encontró ningún arma más, la idea brotó, inevitable, en Aurobinda. ¿Acaso no podía ser que aquella habitación estuviese cerrada precisamente porque allí guardaban las armas y cosas de valor?

Volvió ante aquella puerta, forcejeó en vano... y, finalmente, se quedó mirando la daga. De algo tenía que servirle ésta, naturalmente. Durante más de tres minutos, estuvo forcejeando, con ella en la cerradura, a riesgo de cortarse varias veces. Por fin, consiguió aflojar tres de los tornillos que sujetaban todo el paño de cierre a la madera, y entonces empujó con todas sus fuerzas, aumentadas por la rabia, por el deseo de venganza. La madera crujió, la cerradura se torció levemente... Aurobinda empujó más y, con un último crujido, la cerradura se desprendió de la puerta, quedando colgada en el marco. La muchacha abrió completamente la puerta, buscó el interruptor de la luz y lo accionó.

Por un instante creyó que estaba viendo visiones. Hasta el punto de que apartó la mirada de Samantha, y miró alrededor. No había armas allí. Solamente paredes desnudas Ni siquiera un mueble. Sólo una fuerte silla, en la que Samantha se hallaba sentada, amarrada sólidamente, amordazada.

La mirada de Aurobinda quedó por fin fija en aquella mujer que

le contemplaba con los ojos casi fuera de las órbitas. En su vientre se producían sonidos que no lograban salir por la boca. Tenía las venas del cuello hinchadas por el esfuerzo de querer hablar. Había tal terror en los saltones ojos, que por unos segundos Aurobinda se sintió contagiada de él, sobrecogida.

Pero, de pronto, reaccionó, sonriendo lentamente.

—¿De modo que estás aquí? —susurró.

Se acercó a ella. Los desorbitados ojos de Samantha fueron hacia la daga, y luego hacia los ojos de Aurobinda, cuyas pupilas estaban dilatadas.

—¡De modo que estás aquí, perra maldita...! —chilló la hindú, alzando la daga.

Samantha Spencer vio sobre ella el relucir del acero...

Con visible impaciencia, Ferlinghe estaba mirando continuamente su reloj de pulsera. Era avanzada la madrugada, y Ma-Tsein, con Jelah, deberían estar allí desde hacía rato.

—No entiendo lo que sucede... —mascullaba una y otra vez.

Para escucharle, sólo estaba Verwoerd, que permanecía mudo, reflexionando sobre lo que podía ocurrir. Y Verwoerd, por cierto, tenía unos presentimientos más bien sombríos.

—¡Di lo que piensas! —estalló, de pronto, Ferlinghe.

Los ojos de loco de Ferlinghe eran el mejor exponente de su ira.

—Bueno, pueden haber ocurrido tres cosas... —murmuró Verwoerd—. Primera: que nos estemos poniendo nerviosos por nada. Segunda: que el ruso haya realizado su propio juego, quedándose con el oro. Tercera: que ese mismo juego lo hayan realizado Ma-Tsein y Jelah. Por lo pronto, la primera es tan pueril que la descarto. Me quedo con cualquiera de las otras dos hipótesis.

Ferlinghe, con ojos saltones, miraba a Verwoerd como si quisiera estrangularlo. Se acercó a él, con la boca temblorosa.

—¡Tú has reclutado la gente!

—Me parecieron de confianza. Y a usted.

—¡Si se han ido con el oro...!

—Más bien creo que se trata de una jugada del ruso.

—¡Hay que estar seguros de lo ocurrido! No podemos perder ésos trece kilos de oro... ¡Es la última remesa! Espera, espera... Se me ocurre algo más... Samantha, mi mujer, ella, sí... Aurobinda falló en el intento de matarla... Y Aurobinda es quien ha muerto.

Por tanto, ha podido ser Samantha quien haya organizado esto...

—Me permito recordarle que su esposa no sabía gran cosa sobre cómo se desarrollaban las cosas aquí, señor.

—Bren, eso es cierto... Puede ser Samantha, pero puede ser el ruso, Zamyakin. ¡Hay que aplastarles a ambos! ¿Cuánta gente has mandado a ver si, por casualidad, la encuentran en el yate de ese Spencer?

—Fueron dos hombres. Mayor número hubiera resultado ya un comando llamativo.

—¿Y qué noticias tienes de ellos?

—De vez en cuando comunican por radio informes negativos. Es decir, que el yate de ese Spencer está abandonado. Nadie aparece por allí.

—Maldición... ¡Maldición! Pero que no cejen... ¡Hay que averiguar lo que ha hecho Zamyakin!

—¿Mando gente a la rada?

—Sí. Manda otros dos hombres... Y ojalá no lleguen tarde. Que vayan los europeos: Loomis y Garneau. Lao-Che y Ouseman que se queden aquí con nosotros.

—Bien, señor.

Verwoerd salió del despacho, para cumplir las órdenes, mientras, a solas, John Longfellow se desesperaba. Daba vueltas, pensaba en Samantha, en Zamyakin, en Ma-Tsein y Jelah... ¡Cualquiera de ellos podía ser el responsable del fracaso! Había que descubrir la verdad, y recuperar el oro, cuando menos. Entonces, todo se demoraría, ya que debería buscar un vendedor del equipo electrónico preciso más honesto que Zamyakin.

Regresó Verwoerd, diciendo que los europeos habían salido ya, y que todo iba a solucionarse. Pero seguían pasando los minutos... De pronto, oyeron pasos que se acercaban. Hubo una llamada en la puerta, y luego ésta se abrió, dejando visible a Ouseman, que nunca podía prescindir de sus bombachos, era un tipo de gran bigote negro, que llevaba un alfanje cruzado en el pecho.

—¿Qué pasa? —inquirió, ansioso, Ferlinghe.

—Creo que es una sorpresa, señor —murmuró Ouseman—. Hay una visita, un tipo que quiere hablar con usted.

—¿Un tipo que quiere hablar conmigo? ¿Ha dicho su nombre?

—Birschhoff.

Verwoerd y Ferlinghe cambiaron una mirada.

—Ruso... —musitó Verwoerd.

—¿Viene solo? —inquirió Ferlinghe.

—Sí, señor.

—Tráelo. Veremos qué quiere. Me interesa esa visita, pero atentos a él, ¿de acuerdo? Verwoerd, ocúltate. Ve a la otra habitación, y observa por el espejo.

—Sí, señor.

—Date prisa, Ouseman.

En unos instantes, Ferlinghe quedó a solas en el despacho, en espera del tal Birschoff, que llegó acompañado de Ouseman, quien se retiró, pero no demasiado lejos, tan sólo hasta el otro lado de la puerta del despacho.

Ferlinghe y el tal Birschoff, un tipo alto, musculoso, de cabello liso muy negro, cejas también muy negras y espesas, y metálicos ojos grises, se observaron mutuamente durante unos segundos.

Por fin, Ferlinghe dijo:

—¿Quiere sentarse? Debe tener algo importante que decirme, señor Birschoff.

—Una cosa en primer lugar. Zamyakin era sólo mi cabeza visible, por decirlo así, era mi pantalla. En vista de lo ocurrido, y aunque tal vez corra un riesgo, he querido actuar personalmente.

Ferlinghe se humedeció los pálidos labios.

—¿Qué quiere decir con esto? —murmuró.

Una breve y fría sonrisa distendió los labios de Birschoff.

—Ya imaginé que usted lo ignoraba, Ferlinghe. Le interesa tanto lo que yo poseo, que pensar en una traición por su parte no tiene la menor lógica. No obstante, se lo explicaré con brevedad: la gente que mandó en busca del equipo electrónico, llegó al sampán, asesinó a Zamyakin y..., como el equipo lo tengo yo, se fueron sin él, pero con el oro. No sé hasta qué punto le va a resultar difícil a usted atrapar a esos dos tipos, o reunir de nuevo la cantidad de oro destinada al pago del equipo que, repito, por mera precaución, y se ha demostrado que era fundada, conservaba yo en mi poder.

La ira inflamó los ojos de Ferlinghe.

—Esos malditos... —masculló—. Entonces, ¿se han largado sin el equipo, pero con el oro?

—Sí. Y no me gusta lo que han hecho con Zamyakin, le han

matado.

—Bien... Yo no mandé a mis hombres a hacer eso, compéndalo.

—He dicho que ya imagino que no era cosa suya. Pero, dadas las circunstancias, usted habrá de ir pensando en una solución. Yo tengo el equipo, y usted... ¿de qué dispone, a cambio?

Ferlinghe reflexionaba.

No estaba todo perdido, entonces... Podía obtener el equipo que precisaba, que aún tenía Birschoff. Por la mente de Ferlinghe pasó la idea del juego sucio, siempre el maldito juego sucio. Sin embargo, mirando a Birschoff, tal idea se fue enfriando. Por otra parte, si Birschoff se presentaba allí, al descubierto, era señal inequívoca de que alguien le respaldaba. Nadie es tan imbécil como para meterse en la boca del lobo sin más. Por otra parte, su respaldo podía ser simplemente el escondite del equipo electrónico, aunque aquello podía solucionarse con tortura, obligándole a decir dónde lo tenía...

—¿Qué está pensando, Ferlinghe? —inquirió Birschoff, seco el tono de voz.

Ferlinghe apenas pudo evitar un respiro. Le pareció que aquella mirada gris llegaba hasta las más profundas circunvoluciones de su cerebro.

—Bien... Aguarde un poco y recuperaré el oro, espero.

—Vamos, vamos... —gruñó Birschoff—. ¿Piensa, de veras, que voy a aguardar a que el resto de su gente atrape a los traidores? ¿No tiene más recursos? ¿Qué clase de organización es la suya?

—¡Tengo recursos, pero no inmediatos! Es decir, seré muy poderoso cuando disponga de ese equipo. Mire, Birschoff, si confía en mí entrégue el equipo, yo trabajaré rápido y...

—No quiero oír más sandeces, Ferlinghe.

—No sea terco... El poder que me conferirá ese equipo vale la pena. Se puede esperar, se lo aseguro. Usted puede estar con nosotros, en tanto se trabaja.

—¿Me propone una sociedad?

Ferlinghe frunció el ceño. Aquel imbécil le daba la idea... Una sociedad, ¿por qué no? Y cuando fuese oportuno, se deshacía de él. Así que empezó a asentir con movimientos de cabeza.

CAPÍTULO VIII

Tras asentir con gestos, dijo:

—Sí... ¿Por qué no una sociedad? Pensándolo bien, puedo necesitar más equipos, o mayor perfección. Y, según entiendo, usted es el técnico. Birschoff, creo que hemos dado con la mejor solución. Yo le necesito, necesito a un hombre como usted a mi lado. Siento no poder realizar la operación de otro modo, pero acabamos de dar con una solución viable.

—Celebro que le parezca bien. Pero quiero garantías.

—No le entiendo.

—Usted, dentro de un minuto, me va a pedir que le entregue el equipo electrónico, ¿no es así?

—Lo necesito, claro está.

—No obstante, yo quiero saber antes de qué se trata. Una sociedad es magnífica si beneficia a todos los socios, y no a uno solo. Ya me entiende. Quiero saber si las probabilidades de que la sociedad me satisfaga a mí también son auténticamente dignas de consideración.

—¡Claro que lo son!

—Demuéstrelo, e iré en busca del equipo...

—Que se lo demuestre... Bueno...

—¿No va a confiar en su socio? —inquirió Birschoff, ceñudo.

Ferlinghe esbozó una pálida sonrisa.

—¿Por qué no? —musitó—. Usted sugiere que le enseñe mi poder. ¿Y el equipo que tiene usted? ¿Cuándo lo tendré?

—Será sencillo. Cuando yo haya visto lo que me conviene, me bastará una llamada telefónica, y el equipo llegará antes de quince minutos.

—¿A quién ha de llamar? La verdad es que pensé que Zamvakin

trabajaba solo.

—Por favor, Ferlinghe... No se puede afrontar a solas cierta clase de trabajos. El solitario nunca llega muy lejos. Hay que formar equipo. ¿Comprende?

—Está bien. Está bien... Yo soy un científico, no un espía. No lo he sido hasta ahora, aunque, quizá, la palabra espía no sea la más adecuada para aplicarme... Pero no perdamos tiempo. Le voy a mostrar mi poder, Birschoff. Antes, una advertencia: si pretende algo que se aparte de los términos de nuestra sociedad, considérese hombre muerto.

—Sobra la amenaza —gruñó Birschoff.

—Lo celebro. Vamos.

Ambos se pusieron en pie, y poco después salían del despacho, seguidos por Ouseman, que no disimulaba en absoluto que ejercía vigilancia sobre el visitante, el cual no le hizo el menor caso. Se limitaba a caminar junto a Ferlinghe, que le conducía hacia las interioridades. Tras el pasillo, cuando parecía que todo terminaba, había un panel corredizo, y un montacargas que sólo tenía que bajar un piso, hasta el sótano de la villa.

Se metieron en el montacargas, en compañía de Ouseman, y descendieron. Poco después, recorrían un corto pasillo y pasaban a una amplia nave, magníficamente acondicionada. Por supuesto, con el oro de César Spencer, gracias al sucio trabajo de Samantha.

—Aquí he estado trabajando, Birschoff —dijo, de pronto, Ferlinghe—. Mi obra le asombrará, estoy convencido. En realidad, quizá usted ya sepa algo por los periódicos. No hace mucho ocurrió cierto fenómeno del que se ocuparon los periodistas, sin hallarle explicación.

—¿Un fenómeno? ¿Se refiere a lo que sucedió en unas islas entre Sumatra y Borneo?

—Justo.

—Ya. El fulgor blanco, la fusión de rocas... —Birschoff parecía muy asombrado—. ¿Quiere decir que fue obra suya?

Ferlinghe rió, halagado y satisfecho.

—¡Por supuesto! —exclamó—. Fue una prueba, a raíz de la cual observé la necesidad del equipo electrónico que usted tiene.

—Empiezo a pensar de veras en lo interesante de esta sociedad, Ferlinghe... ¿Cómo lo consiguió?

—Se lo iré mostrando. Empezaré por decirle que, usted lo habrá comprendido ya, lo importante, lo esencial, es poder concentrar calor en un pequeño espacio. Yo soy experto en la obtención de calor. Es obvio que no le hablo de un centenar de grados, sino de miles de grados. Y sé concentrar la energía en un cuerpo... ¿Comprende?

—Creo que sí —dijo Birschoff—. Lo que quiere decir es que usted, con sus conocimientos científicos, puede obtener calor, en alto grado, y conoce los medios para concentrarlo en un cuerpo... móvil, por decirlo así. Y sospecho ahora que lo que causó aquel fulgor blanco, la licuación de rocas incluso, fue... un cuerpo móvil, que usted controlaba desde aquí. ¡Magnífico, maravilloso, Ferlinghe!

Ferlinghe se frotó las manos.

—Bien, ahí tiene —mostraba un complejo que Birschoff miraba con aire de ignorancia—. Es mi horno. Ahí se produce el calor, yo lo transformo en energía electrónica, lo condenso, lo comprimo, por decirlo así, lo puedo apresar en unos adminículos que luego liberan todo ese calor, cuando yo lo deseo.

—Me parece perfecto. ¿Para qué necesita el equipo electrónico de fases?

Ferlinghe rió.

—Veo que no lo adivina —dijo—. Pero aguarde. Le he dicho que en unos adminículos comprimo el calor, y lo libero luego. Esos adminículos, por supuesto, deben estar contenidos en algo. Y ese algo... Pero acérquese, Birschoff.

Mayfair obedeció. Allí sólo veía un panel metálico, pero Ferlinghe lo descorrió y apareció, ante el «muy asombrado Kent», una cámara aislada, una especie de urna metálica y cristalina, en el interior de la cual, estirado en una fuerte mesa-camilla, había un robot. Un simple robot metálico, con unas articulaciones en piernas y codos. Ninguna obra de arte, según entendía Kent, pero más que suficiente para poder contener el calor comprimido.

—Ése es el cuerpo que transporta en su interior mi poder calorífico —explicó Ferlinghe—. Le he dado un poco de... fantasía al asunto. Quiero decir que de este modo se causa pavor, y se desbordan las mentes. Y a mentes desbordadas, chorros de estupidez... Y perdone esta despreciativa expresión, Birschoff.

—Pero es cierto... —sonrió Birschoff.

—Por supuesto. Se habló de seres extraterrestres... Es lógico. Cuando libero el calor, ese robot se pone al rojo blanco, emite incandescencias, fulgores blancos... Y todo lo que hay en torno a él se derrite, se evapora el agua, se forma lluvia... La lluvia mata al robot, decían. Y no es así. El robot muere cuando ha terminado el calor que contenía en su interior. Lo que ocurre es que en ese robot coloco un dispositivo que lo destruye cuando lo tocan, cuando pretenden examinarlo. Se autodestruye.

—Le felicito. Es un buen trabajo.

—Ha requerido mucho dinero y tiempo.

—Lo entiendo. No obstante, sigo preguntándome para qué necesita mi equipo electrónico. Todo esto es perfecto. Puede obtener el calor, condensarlo, ocultarlo en el robot, y mandar a éste al lugar destinado, con la misión que sea. Se libera el calor, se cumple la misión, el robot se autodestruye y no deja huellas...

—Sí deja. Necesitaré un acompañante para el robot.

—Vaya, salió el fallo.

—Fácil de corregir.

—¿Cómo? ¿Con mi equipo electrónico?

—No, no... Son cosas distintas. El robot será cuidado de otro modo para que no deje huellas. Su equipo, Birschoff, es para otra cosa. ¿No entiende? Control por fases. Eso quiere decir que, hasta ahora, concretamente en la prueba que realicé, tuve que liberar todo el calor de una vez, no podía controlarlo, todo al mismo tiempo... En cambio, con su equipo, yo podré DOSIFICAR ESE CALOR. ¿Lo entiende ahora? El robot irá soltando el calor dónde y cuándo me convenga, con las cantidades que yo considere conveniente.

—Ya veo. Por supuesto, es una buena idea la suya, Ferlinghe. Podrá utilizar el robot más de una vez, y lanzará las cantidades de calor convenientes, ni más ni menos. Carga más duradera y mejor consumida. Es decir, consumida cuando sea necesaria, no desperdiciada.

—Exacto, ésa es la idea. Bien, ¿qué le parece todo esto?

Kent Mayfair parecía un tanto perplejo. Se rascó el mentón, con aire pensativo.

—Me parece muy bien, Ferlinghe. Me parece magnífico, pero...

—¿Pero...?

—Me estoy preguntando para qué sirve.

—¡Buena pregunta...! —rió Ferlinghe—. Puedo, con mi robot, con esa energía, sabotear lo que me de la gana, cuando me de la gana... ¿Le parece poco? Y no he de moverme de aquí para nada, a lo sumo, necesito un vigilante del robot, que no tiene por qué dejarse ver ni hacerse notar. ¿Ha entendido bien?

Kent asentía con movimientos de cabeza. Miró en torno, abarcándolo todo, y musitó:

—Entonces, ha creado todo esto con el exclusivo objeto de dedicarse a sabotajes.

—A grandes sabotajes, y cosas parecidas.

—¿Qué debo entender por «cosas parecidas»?

—Pues robos, por ejemplo. ¡Grandiosos robos!

Kent sonrió, algo irónico.

—¿Tal vez está pensando en Fort Knox, en el oro de Estados Unidos, Ferlinghe? —sugirió.

—No, no.

—¿Entonces? Da tanto énfasis a eso de un gran robo que mi imaginación resulta corta. ¿Qué entiende por gran robo?

Ferlinghe, en aquel momento, dejó aparecer un punto de recelo en sus pupilas.

—¿Quiere que se lo explique?

—Me gustaría, por supuesto.

—Empezaré por decirle que tengo el propósito de ser independiente. Digo esto porque, quizá, usted tenga algo que ver con el espionaje de su país, y esté metiendo aquí de lleno las narices. Repito: seré independiente. Yo estudiaré y prepararé los golpes que más me interesen. En cada actuación obtendré algo que luego venderé al mejor postor. ¿Qué le parece?

—Inteligente postura..., pero peligrosa.

—¿Por qué?

—Necesita mejor organización, Ferlinghe.

—La crearé. Creceré. ¡Seré un gigante!

—En este caso, la sociedad de que habíamos hablado antes me interesa más que nunca —dijo Kent—. Pero iba a hablarme de su proyecto más próximo, el inmediato.

—Sí... Usted no ignora que el Skylab ha estado durante cincuenta y nueve días en el espacio, claro.

—Nadie ignora eso, Ferlinghe.

—¿Usted imagina la cantidad de datos técnicos y científicos que habrá recogido ese laboratorio espacial?

Kent frunció el ceño.

—Soy de los que opinan que esos viajes científicos aportan muchísimo más de lo que se publica... —murmuró—. Por consiguiente, estoy convencido de que el Skylab ha regresado con una ingente masa de información, que haría las delicias de muchísimos sabios de todo el mundo, de todos los países, y...

Kent se interrumpió de pronto. Se quedó con la boca abierta.

—¿Qué le pasa? —rió Ferlinghe.

—¿Está sugiriéndome que su proyecto inmediato es el robo del Skylab? —exclamó Birschoff.

—Ni más ni menos, Birschoff... ¡Eso es lo que me propongo, y le aseguro que no fallaré!

CAPÍTULO IX

Daba la impresión de que Ferlinghe había perdido la noción de lo que le rodeaba. Para él, sin duda, desde hacía tiempo, sólo le ocupaba la mente aquel proyecto: el robo del Skylab, la cámara espacial que había permanecido en el espacio recogiendo profusión de datos. Hacía tiempo que lo único que pensaba, lo que le quitaba de verdad el sueño, era apoderarse de la sabiduría que pudiera albergar aquella nave espacial.

—Reconozco que es un proyecto ambicioso, muy interesante, pero... ¿cree que hallará facilidades? —inquirió Kent.

—¿Quién habla de facilidades? Para eso está mi robot. Lo mandaré al lugar donde está la cápsula.

—Rodeada de científicos y vigilancia —recordó Kent.

—¿Y qué? Cuando usted me entregue el equipo electrónico, manejaré la operación como quiera, como desee. Habrá gente, ya lo sé. Pero ¿cree que el hombre resiste, sin preparación alguna, una temperatura de cien grados centígrados?

—Claro que no.

—¿Entonces? ¿Cuál es el problema? Mandaré al robot, y DOSIFICARE EL CALOR... Cuando me convenga, cien grados, cuando me interese obtener mil, pues mil. Y si son dos mil... Lo que sea, hasta un tope de cuatro mil grados, de momento. Ampliaré ese límite más adelante. ¿Y qué pasará, se pregunta, Birschhoff? Sencillo: toda la vigilancia que rodea el Skylab será fulminada. Toda. ¿Paredes blindadas? ¿Y qué? No resistirán dos mil grados de temperatura.

—¿Y la cápsula? —inquirió Kent.

—Querido amigo... La cápsula está preparada para resistir temperaturas muchísimo más elevadas. Nadie ignora la fricción, el

enorme calor que el Skylab ha soportado en sus entradas y salidas de la atmósfera. Nada hay que temer en ese sentido. Tendré, limpia, en mis manos, la cápsula Skylab. Y luego, con todos los datos que contenga, y que yo estudiaré previamente, la venderé al mejor postor. ¡Y esto es sólo el primer proyecto!

—Parece que usted ha pensado en todo.

—En todo, naturalmente.

—¿También en la cantidad de víctimas que puede ocasionar?

—¿Víctimas? —Pareció asombrarse Ferlinghe.

—Veo que no ha pensado en eso.

—Siempre cae alguien, Birschoff.

—Claro... Pueden caer un centenar de personas. Puede morir mucha gente, abrasada por su calor, por el robot... Gente abrasada porque usted, desde aquí, con toda comodidad, podrá dosificar el calor con mi equipo. Cien personas, quizá doscientas... Se supone que esa cápsula, hoy, ahora, debe estar rodeada por muchísimas personas...

—¿Y qué? —inquirió, seco, Ferlinghe.

—Bien... Si eso no altera su conciencia...

—No diga tonterías. Un robot es un ejército que manipularé a mi antojo. Y tendré más robots, los mandaré por el mundo, allá donde se me antoje, allá donde yo pueda obtener un estimulante beneficio. Me haré el amo... Fulgores blancos, pánico, destrucción, fuego, extraterrestres que atacan..., y yo, Ferlinghe, el amo. Imagine que mando a la Casa Blanca, o al Pentágono, un par de esos robots, no quedaría ni el recuerdo, apenas unos arroyos de piedra licuada...

Kent dirigió una distraída mirada a Ouseman. Observó que éste no perdía una sílaba de lo que decía el amo, y daba la impresión de estar totalmente obsesionado. Kent Mayfair pensó que tal vez era el momento de actuar, pero Ferlinghe volvía a la realidad del momento, diciendo:

—¿Cuándo tendré el equipo, Birschoff?

Ouseman ya encaraba de nuevo la metralleta hacia Kent, si bien al desgaire, como si no hiciera tal cosa. Kent, sin embargo, comprendió que aquel hombre volvía a prestarle atención a él, y sólo a él.

—Puede ser esta misma noche. De todos modos, me gustaría concretar en qué condiciones voy a participar en la sociedad.

—Hay que estudiar eso detenidamente.

—Quisiera saberlo antes de...

—Birschhoff, esta noche tendré, sea como fuere, el equipo. ¿Lo oye? —masculló Ferlinghe—. ¡Esta misma noche! Estoy dispuesto a pactar de modo limpio, pero no me venga con demoras, porque pasaría a utilizar cualquier otro medio.

En aquellos momentos, la boca de la metralleta estaba pegada a la espalda de Kent. Éste esbozó una sonrisa y dijo:

—No me deja muchas alternativas, ¿verdad?

—Ninguna. Necesito ese equipo.

—Si sus hombres no hubieran jugado sucio...

—¡Ya no importa lo ocurrido! ¿Dónde lo tiene?

—No se excite tanto, Ferlinghe. Antes he dicho que...

—¡Ouseman! —chilló, descompuesto, Ferlinghe-Longfellow.

Ouseman no tardó ni dos segundos en estrellar el cañón de la metralleta contra la cabeza de Kent, quien trastabilló, aturdido por el golpe. No había recuperado aún el pleno equilibrio cuando Ouseman le pegó de nuevo, dejándole de rodillas. Ferlinghe aún chillaba, por lo que Ouseman siguió; no sabía por qué, pero sintió alegría feroz al poder atizarle a aquel tipo. Y le pegó contra los labios, en la frente...

Algo ocurría; algo extraño... ¿Acaso aquel cabello no era negro? ¿Por qué se veía, entonces, aquella zona rubia que...?

Fue Ferlinghe quien, con un grito de rabia, resolvió el pequeño enigma; con la diestra agarró los negros cabellos postizos de Birschhoff y, de un tirón, se quedó con la cabellera entre las manos, al mismo tiempo que desviaba las cejas, confiriendo al rostro de Kent un grotesco aspecto. Ferlinghe se sentía inflamado a causa de la ira, pero empezaba a entender que la situación podía ser más complicada de lo que parecía a simple vista así que decidió calmar la tormenta de su cerebro, y actuar con inteligencia.

A su mente acudió otro hombre más o menos parecido al que aparecía ante él ahora con su verdadero aspecto. ¿Cómo se llamaba...? Nelligan. Sí, Nelligan, de la CIA americana...

—¿Quién es usted? —jadeó.

Kent Mayfair apretó los labios, y eso fue iodo.

—¿Es de la CIA? —insistió Ferlinghe.

El espía ni siquiera reaccionó esta vez. Durante unos segundos,

Ferlinghe lo estuvo mirando. Por fin hizo un gesto.

—Arriba con él, Ouseman... —murmuró—. Entre Verwoerd, tú y yo conseguiremos que este hombre conteste a todas las preguntas que se me ocurren... Ya tenemos la experiencia adquirida con el otro. Estoy seguro de que éste sabe mucho más... Seguramente podrá explicarnos lo que ha sucedido con Samantha, con Zamyakin, con Aurobinda, Ma-Tsein, Jelah... ¡Vamos a subirlo arriba!

Ouseman ya estaba obligando a Mayfair a ponerse en pie, sin descuidar ni un instante la vigilancia.

* * *

La vigilancia en la enorme villa era muy escasa; tanto, que en aquellos momentos, debido a las bajas y a los hombres que estaban fuera, se reducía a un solo hombre, al chino

Lao-Che,

que deambulaba como un fantasma, sin saber dónde acudir. Tenía los ojos bien abiertos, sí, pero debía abarcar demasiado terreno... así que Aurobinda supo burlarle sin mayores dificultades.

El cerebro de la bellísima hindú estaba en aquellos instantes desarrollando una sola idea: venganza. Algo le habían hecho a Lafcadio; aún resonaban en sus oídos los estertores que oyó por teléfono...

Tampoco tuvo Aurobinda dificultad alguna en meterse en el edificio, en el que todo parecía normal, a excepción de la falta de movimiento que se notaba.

Además, tuvo la precaución de pasar por el recinto privado de Ferlinghe y de ella misma mientras fue el gran juguete de él, por donde estaban las orquídeas reales, la piscina, la soberbia alcoba... Allí seguro que no había nadie y, si lo había, no podía ser otro que el propio Ferlinghe. Ojalá pudiera encontrarle allí a solas. ¡Le arrancaría el corazón a punta de daga!

Pero Ferlinghe no estaba en la alcoba.

Con una mueca que endurecía su bello rostro, Aurobinda salió con cautela al pasillo. Estaba en el distribuidor, semioculta por un soberbio cortinaje, mirando hacia el despacho y la estancia contigua. No había luz en ninguna de las dos. La idea llegaba por sí sola: se metería en aquel cuarto donde un espejo era, en realidad, un diáfano cristal por el que podría observar todo lo que acontecía en el despacho.

Se deslizó con rapidez, se metió en aquel cuarto y cerró la puerta a su espalda.

A continuación, respingó al oír la voz:

—Aurobinda... ¿Cómo es posible? Estás muerta, según Samantha. ¿Puedes explicar qué ha...?

Aurobinda pareció distenderse como un muelle contenido, comprimido. Quizá el miedo y el odio forman la peor y más explosiva mezcla. Así quedó demostrado cuando Verwoerd, que estaba un poco desconcertado, dado el tiempo que permanecía allí inactivo, se acercó a ella, con plena confianza, sólo extrañado por los acontecimientos.

Y llegó la reacción de Aurobinda.

Brutal.

Miedo y odio.

La daga ensartó el vientre de Verwoerd, quien sólo acertó a exhalar un gemido de angustia, llevándose las manos al vientre perforado, llenándoselas de sangre.

Se inclinó ante Aurobinda, que le veía bastante bien, por la luz ambiente.

Y le obsesionó aquella nuca que veía...

La daga ensangrentada lanzó un nuevo golpe, y cercenó los tendones de la nuca de Verwoerd, quien lo único que pudo hacer fue agarrotar las manos, desesperado, antes de caer de bruces, formando un charco de sangre...

Notando que se le desbocaba el corazón, Aurobinda quedó allí, muy quieta, con el cadáver a sus pies. Parecía oler la sangre, se le dilataban las fosas nasales... Tenía la extraña sensación de sentirse libre. No sabía si saldría de allí con vida, pero casi no le importaba. ¿O acaso no había muerto Lafcadio? Pero se sentía libre, era dueña de querer vivir o morir.

De pronto se tensó al oír pasos.

Eran varios hombres los que caminaban. Y procedían de la zona interior y secreta de la casa.

Se pegó a la puerta, temblando debido a la tensión.

Los hombres pasaron de largo, hacia el despacho de Ferlinghe. Luego se encendió la luz, y el recuadro del espejo quedó iluminado, por lo que aumentó la visibilidad de Aurobinda, la cual, un instante más tarde, estaba pegada al cristal.

Sus ojos estaban muy abiertos. ¡Lafcadio! ¡Estaba allí! Estaba vivo... ¡Vivo! Ouseman, el sucio, le había pegado... Ouseman había causado dolor a Lafcadio... Y allí estaba la serpiente: Ferlinghe. Allí, maltratando a Lafcadio...

Entraron en el despacho, hablando Ferlinghe:

—... Y sería muy interesante descifrar su auténtica personalidad. Pero vamos a dejar eso para más adelante. Se trata, ahora, de que me explique cómo puedo disponer del equipo electrónico, que supongo en su poder.

—Estoy en condiciones de exigir bastante a cambio de ese equipo, Longfellow —dijo Kent.

Ferlinghe palideció.

—¿Me conoce? —gritó.

—Antes sólo tenía unas vagas referencias. Ahora, en efecto, le conozco muy bien.

—Usted es de la CÍA...

—¿Le espanta?

—No se insolente, será mejor para usted... ¡Pero no quiero perder más tiempo! —estalló de pronto—. Quiero el equipo, ¿lo oye? Luego, no me importará salir de aquí e instalarme en cualquier otro lugar, aunque sea en selvas birmanas. ¿Qué más da? Hable, será mejor para usted.

—Ya le he dicho que puedo imponer condiciones. Por ejemplo, mi vida.

—Ya veo. Comprende que tiene poder. Muy bien, su vida a cambio de ese equipo.

—Vamos a buscarlo, entonces.

—De acuerdo. Pero iremos muy bien preparados. No espere poder engañarme.

—Lo comprendo. Yo también cuento con auxiliares, por si algo no se ajustase a un limpio pacto...

En aquel instante se abrió la puerta del despacho, y apareció Aurobinda.

Terroso el bello rostro, con su largo sarong, temblorosa la boca e inflamados los ojos. Sus dos manos empuñaban la pistola que había arrebatado a Verwoerd, tras reflexionar sobre la forma de sacar de allí a Lafcadio.

Ouseman no entendió la expresión de Aurobinda, y aflojó un

poco su tensión, relajó la guardia.

—Aurobinda... Creíamos que... —empezó.

Aurobinda no despegó los labios.

Habló la automática.

La empuñaba con las dos manos, y Ouseman no estaba tan lejos como para que se produjeran fallos. El arma lanzó varios fogonazos. Ouseman chilló, alzó los brazos, soltando la metralleta, que quedó lejos, luego se inclinó, y un último balazo le tiró rodando.

Ferlinghe pareció volverse loco.

—¿Estás loca? —aulló—. ¡Aurobinda! ¿Qué significa esto...? ¿Qué...?

—Sigue acercándote a mí, Ulrico, sigue... —susurro Aurobinda.

Ni siquiera miraba a Lafcadio en aquellos instantes. Estaba obsesionada por el rostro de Longfellow, que se acercaba, espumeante de rabia, sin comprender absolutamente nada.

Aurobinda musitó:

—Toma mi pistola, Lafcadio... Yo no la necesito...

La arrojó hacia donde estaba Kent quien, ya automática en mano, se sintió por completo dueño de la situación, si bien su inexpressividad era total.

Longfellow, ciego a todo lo que no fuese la actitud enloquecida de Aurobinda, se acercó a ella, obsesionado... ¡Todo habían sido engaños y mentiras!

—Vas a pagar tu traición, Ulrico... ¡Qué sucia astucia la tuya! Me haces salir de la casa para que mate a tu esposa, y en realidad lo que haces es enviar detrás de mí un par de asesinos... Lafcadio me explicó la verdad.

—¿Lafcadio? ¿Qué estás diciendo?

—Es una estupidez explicarte cosas que ya sabes... Pero hay algo que no sabes todavía, Ulrico... ¿Sabes lo que ha sido de tu hermosa mujer de cabellos rojos? ¿Lo sabes? ¡Claro que no lo sabes, pero te lo voy a decir! ¡La he matado! ¡Yo la he matado, con esta daga...! Se la clavé en el cuerpo, y en la cara, una y otra vez, y en los pechos, en su hermosa garganta... ¡Le hice lo mismo que voy a hacer ahora mismo contigo!

Estaban todos tan sobrecogidos que nadie pudo reaccionar a tiempo. Aurobinda saltó contra Ferlinghe, blandiendo la daga, que descendió velozmente contra el hombre que la había estado

entreteniendo a su lado como una esclava, sin permitirle olvidar que había empezado a ser mujer a los doce años, en unas calles de Calcuta donde su amor había tenido un precio...

Ferlinghe también pagó su precio por la vida. La daga se hundió primero en su pecho, luego en su cuello, lanzando centellas de luz y salpicaduras de sangre. Otro golpe le empujó aún más fuertemente, estando a punto de derribarlo. Y otro golpe de acero llegó a su cuerpo...

La vida huía a torrentes del cuerpo de Longfellow, que estaba cayendo, empujado por aquellos enloquecidos golpes de daga... Al llegar al suelo ya estaba muerto, y Aurobinda estaba fuera de sí, tenía la mano llena de sangre, le ardían los ojos...

Mayfair, por su parte, se sentía estremecido. Había visto a Aurobinda matar con auténtico odio, con saña, en una venganza feroz... Tan impresionado estaba Kent en aquellos instantes, que no captaba nada más a su alrededor. De ahí que Ouseman, con un hilo de vida, pudiese empuñar, sin ser visto, el cuchillo que llevaba oculto en sus bombachos. Le habían puesto la metralleta en las manos en aquella organización, pero lo suyo era el cuchillo... Al principio, la mano de Ouseman temblaba un poco. Luego, adquirió una extraña firmeza...

Y, por fin, se produjo el silbido del acero en el aire. Luego, un choque tétrico, espeluznante.

Kent reaccionó en décimas de segundo. Se volvió hacia Ouseman y disparó por dos veces, sin percatarse, de momento, que sólo tiraba ya contra un cadáver, que estaba de costado, mirando con ojos vidriados a Aurobinda, que había lanzado un estremecedor grito al recibir el tremendo impacto del cuchillo.

Mayfair corrió hacia la joven, y llegó a tiempo de tomarla entre sus brazos, con sumo cuidado.

El cuchillo se había clavado en el centro de la espalda de la bella hindú, cuya frente empezó a humedecerse y enfriarse.

Kent la depositó en tierra, de costado, y miró el cuchillo, empotrado hasta la cruz. En aquellos momentos, Kent Mayfair no sabía si alegrarse... Aurobinda podía ser, en lo sucesivo, un serio peligro para él, si sobrevivía. Pero aquella espeluznante forma de morir...

—Laf... Lafcadio... —llamó, débilmente, Aurobinda.

Kent, grave la expresión, se inclinó junto a ella. Se miraban a los ojos, había dolor, angustia, ansiedad, en la mirada de la hindú.

—No debiste hacer tanto por mí, Aurobinda... —murmuró Kent.

—No..., no digas eso... Has sido lo mejor de mi vida... Lafcadio..., ¿me olvidarás? Sé que voy a morir... Dime, ¿me olvidarás?

Kent se humedeció los labios.

—No vas a morir —mintió en susurros—. La herida...

—¿Por qué mientes? Tengo..., tengo una brasa dentro...

—Procuraré hacer...

—No, no... No pierdas tiempo... Te he hecho una pregunta...

Kent la miraba a los ojos.

—Sólo hay una respuesta, Aurobinda —dijo—, nunca podré olvidarte. Nunca.

Ella sonrió. Moría rápidamente, pero daba la impresión de ser feliz. Parecía haber acertado en sus presentimientos de libertad. Por lo demás, la mentira de Kent no era total. No recordaría a Aurobinda en el sentido que ésta pedía, pero no obstante era cierto que lo ocurrido con aquella muchacha no se borraría fácilmente de su recuerdo.

—Lafcadio..., dame... un beso... Será... el último...

Kent se inclinó un poco y, con mucha suavidad, alzó a la muchacha, hasta que los labios de ambos se unieron.

Y así murió Aurobinda.

Kent ni siquiera sintió asco cuando el chorro de sangre que manó de la boca de Aurobinda, en su final, le empapó los labios. Se limitó a depositarla en el suelo. Luego, con lentitud, sin dejar de mirarla, se puso en pie.

Echó un lento vistazo en torno. Luego, miró su reloj de pulsera.

Mayfair miró hacia la puerta del despacho, que Aurobinda había dejado solo entornada. Había oído el rumor, pero ni siquiera se molestó en apuntar hacia la puerta.

Era Kulliat quien entraba. Miró a Kent, y luego a tierra. Su gesto se crispó un poco al ver el cadáver de Aurobinda. Miró la boca de Kent, y la boca de la hindú. Y entendió. Kulliat sabía que, en aquellos momentos, Mayfair estaba atravesando un mal momento, una leve crisis emocional... Kulliat, por tanto, eludió cualquier comentario sobre lo ocurrido allí, y dijo:

—Me cargué a los dos sapos que fueron a ver qué ocurría en el sampán del ruso, Kent. Luego, vine para acá y me encontré con un chino que corría, desesperado, de un lado a otro, le sorprendí, le abracé y..., no lo entiendo, pero creo que, a causa del abrazo, el corazón se le sale por la boca.

—No te esfuerces con tu humor en estos momentos, Kulliat.

—Lo siento... Lo has pasado mal, ¿verdad?

—Sí. Vamos. No hemos terminado todavía. Quiero mostrarte algo.

Kulliat siguió a Kent quien, con un pañuelo, se iba limpiando la sangre que manchaba su boca. Kent no volvió a mirar a Aurobinda. ¿Para qué? No quería ver el cristal de sus ojos tan negros, ojos que habían sido tan bellos...

Poco después, utilizando el montacargas, llegaban a la nave donde Longfellow-Ferlinghe había montado todo el complejo de calor. Kulliat, curioso, sin hacer preguntas, lo iba observando todo, y Kent se dirigió a la especie de urna donde estaba el robot. Kulliat, por fin, se acercó a Kent.

—¿Y bien? —inquirió.

—Ya te lo explicaré todo, Kulliat. Ahora hemos de salir de aquí, pero no de vacío. Entremos en la urna..., tras comprobar que no existe el menor riesgo.

No. No había riesgo. El ambiente era normal allí. Se quedaron ambos contemplando el burdo robot, aquella masa con cierta apariencia humana, capaz de licuar hasta las rocas.

—Prueba a levantarlo —dijo Kent.

El potente Kulliat realizó la prueba.

—¡Claro que puedo!... —gruñó—. ¡Estaría bueno!

—Pues vámonos —dijo sombrío Kent Mayfair.

—Sí, pero... ¿dónde exactamente?

—A varios sitios, Kulliat. Tenemos muchas cosas que hacer todavía..., y ninguna de ellas es agradable.

Nadie supo cómo, pero Kent Mayfair se había enterado de lo sucedido y, como buen amigo, interrumpió su viaje hacia la India para regresar al Felicidad..., cuyo nombre resultaba en verdad chocante en aquellos momentos. Samantha había sido hallada a la mañana siguiente del pequeño jaleo de diversión organizado por el grupo de adinerados turistas.

Apareció en un callejón cosida a puñaladas. La policía había conseguido relacionarla con el propietario del yate Felicidad, y fueron a darle la mala noticia. Al parecer, había estado secuestrada, pero el resultado final había sido la muerte a cuchilladas. Ni siquiera había sido violada, cosa frecuente en situaciones como aquella. Nadie podía explicarse lo sucedido, pero los hechos estaban allí. Naturalmente, la atribulada y no poco impresionada policía colonial británica había asegurado a César Spencer que revolverían todo

Hong-Kong

para encontrar a los culpables de aquella atrocidad..., pero nadie se hacía demasiadas ilusiones al respecto. ¿Cómo iban a encontrar a los autores de semejante monstruosidad?

El cadáver de Samantha estaba en el yate, en un lujoso ataúd, cuando llegó Kent Mayfair. Y todos comprendieron lo razonable de sus palabras, cuando fue invitado a ir a verla.

—No, por Dios... Después de lo que he oído y leído sobre eso, prefiero..., prefiero recordar a Samantha en vida, tan hermosa, con su sonrisa de felicidad y alegría... No. Sólo he venido para darle el pésame al pobre César. Iré a verle ahora mismo.

Poco después, en efecto, Kent Mayfair y César Spencer se habían encerrado en el camarote del propietario del yate, donde el agente de la CIA expuso la verdad de todo lo sucedido, mirando fijamente, preocupado, al buen amigo, que estaba palidísimo, demudado. Por fin, Mayfair sirvió dos tragos de whisky en sendos vasos, y puso uno en las manos de Spencer.

—Lo siento, Spencer, pero así sucedieron las cosas. No he querido aparecer antes porque de ninguna manera habría sido aprobado por mis superiores que saliese mi nombre, ni siquiera como figurante, en una cosa así. Además, tuve que ocuparme de llevar el robot a alta mar, dejarlo caer al fondo, volver a tierra para establecer comunicaciones... Esto, para mí, ha sido un trabajo más. Y por ti siento que haya terminado de este modo.

—¿Por qué te lamentas? —murmuró Spencer, mirándolo por fin —. A fin de cuentas, tú has cumplido con tu deber.

—En cuanto a la CIA se refiere, sí, desde luego. Pero en cuanto a ti...

—No seas bobo, Kent. A mí también me has ayudado. Yo te metí

en esto inicialmente... Supongo que, dadas las circunstancias, igualmente habrías tenido que intervenir, pues te habrían llamado a Hong-Kong

para que atendieras el asunto de la desaparición de tu compañero y todo ese... fantástico asunto del robot, pero lo cierto es que yo te pedí ayuda... y tú me la proporcionaste.

—Celebro que lo entiendas así, César. Realmente, quien jugó sucio contigo fue Samantha, no yo. Sólo ella.

—Ya he comprendido eso. No voy a decirte que no sienta su muerte... y más de ese modo tan terrible... Pero cuando un hombre se da cuenta de lo que ha estado haciendo con él una mujer, el amor desciende vertiginosamente. Tampoco voy a decir que, de pronto, haya dejado de amarla, no es eso... Es sólo que te aseguro que me sobrepondré rápidamente. En cuanto a ti, sólo puedo decirte esto: GRACIAS.

—Está bien, César. ¿Damos por terminado el asunto?

—Por supuesto.

—Naturalmente, cuento con tu absoluta discreción respecto a mi intervención, y a todo el fondo de este asunto.

—Naturalmente. Bueno, creo que te debo un pasaje de vuelta a Tokio, ¿no es así? Vamos a zarpar dentro de...

—Te lo agradezco, pero ahora que ya he terminado todo esto aquí, tengo prisa por regresar a Tokio. Y en yate tardaría demasiado, así que tomaré un avión.

—Entiendo. ¿Otro asunto de la CIA?

—Pues... No. No exactamente. Pero eso sí, es importante. ¿Sabes lo que más temo en este asunto que me espera en Tokio?

—Claro que no... ¿Qué temes?

—Que sea mi primer gran fracaso. Pero, en fin —miró su reloj de pulsera—, tengo que marcharme ya, pues dudo que el avión me espere. Adiós, César.

—Adiós... —estrechó éste la mano del espía—. Te deseo la mejor suerte del mundo, Kent.

—Me parece que la voy a necesitar —farfulló Mayfair.

ESTE ES EL FINAL

Sí, señor, todo estaba en perfecto orden, todo dispuesto para la sesión. En el saloncito había solamente una luz encendida, la de aquella lámpara de pie de tonalidad rojiza. Los almohadones, el olor a incienso, las cortinas corridas...

Todo perfecto.

Impecable.

Así que cuando sonó el timbre de la puerta de su apartamento en Tokio, Kent Mayfair no tuvo que molestarse en echar un último vistazo. Todo lo que hizo fue llevarse una mano al nudo de la corbata... Es decir, adonde debía haber habido una corbata. Pero no había tal corbata. Habría sido absurdo ponerse la corbata con el batín. Divertida idea.

Quizá por eso, cuando Kent abrió la puerta, estaba sonriendo.

—Ah, buenas tardes, señorita Merton. Pase, por favor.

—Parece que está usted de buen humor, señor Mayfair.

—¿Sí? Oh, bien... Naturalmente. Como usted sabe, he estado unos días fuera de casa y, claro, siempre es grato regresar.

—En efecto... —asintió ella, esperó a que él cerrase la puerta, e inquirió, amablemente—: ¿Le fueron bien los negocios?

—Muy bien. Volví con vida, que es el mejor negocio que hacemos siempre los espías.

—¿Perdón? ¿Ha dicho usted...? —Los espías. Soy agente de la CIA, señorita Merton. Un repugnante espía que no siempre hace cosas buenas.

—Ya... —murmuró Priscille Merton—. Yo tenía entendido que eso de ser espía se guardaba en grandísimo secreto.

—Generalmente —asintió Kent Mayfair—. Sin embargo, en ocasiones, no tenemos más remedio que decirlo, ya que sería poco honesto ocultarlo. Por ejemplo, no se le puede ocultar a una mujer que uno es espía cuando se dispone a pedirla en matrimonio.

—¿Va... a pedirme en matrimonio... a mí?

—Yo soy así de serio. Comprendo perfectamente que en estos tiempos todo eso está un tanto... superado, pero no veo inconveniente para cumplir los trámites digamos sociales cuando uno está dispuesto seriamente a convivir con una chica... ¿Se encuentra bien?

—Sí, sí. Sólo estoy un poco aturdida. Usted ni siquiera sabe quién soy yo, de dónde vengo, cuáles han sido mis...

—Vamos, vamos, señorita Merton... Hace ya algunas semanas que le pedí su historial a la central de la CIA. Sé muy bien quién es usted, de dónde procede y todo un montón de cosas más. Es usted norteamericana, como yo. Le gusta el mundo, la gente, tiene cultura, es tan inteligente que ha recurrido al yoga para estar siempre en perfecto equilibrio, en armonía física y mental... ¡Es como si el viejo Kent Mayfair hubiese encontrado el ave del paraíso! La pregunta es: ¿qué tal le parezco yo a usted?

—Señor Mayfair. ¿Realmente no se ha dado cuenta de que está usted como un tren?

—¿Qué...?

—¡Pero, hombre...! ¡Si apenas verle quedé convertida en una tonta! Me llaman por teléfono, me piden lecciones particulares de yoga y, cuando llego aquí, me encuentro al tipazo más varonil que he visto en mi vida... Y ahora me pregunta usted que qué tal me parece.

—Va... vaya... Caramba... ¡Je, je!

—¿Sabe usted por qué me desnudé la última vez que estuve aquí, señor Mayfair?

—Pu... pues porque hacía..., hacía calor... Sí, por eso fue.

—Tonterías... —replicó Priscille, comenzando a desnudarse, ya que, por cierto, y realmente, hacía mucho calor—. Fue porque aquel mismo día estaba dispuesta a todo con tal de meterlo en el bote.

—¿En el bote?

—En el bote. Traía muy bien preparada la primera lección del «Laya-Kriya Yoga», que se interesa por la unión sexual como

símbolo de la unión del alma con la Conciencia Universal.

—¡Aaaaatiza! Caray..., ¡vaya con el yoga!

—Todo lo bueno de la vida ha sido ya conocido por el yoga. Con seriedad, con verdad. Bien... —Priscille ya no tenía calor—, ¿qué te parece si empezamos con el «Laya-Kriya Yoga»?

—Okay —tartamudeó Kent Mayfair.

Priscille se colgó de su cuello y murmuró:

—Tú de piedra... ¿Verdad?

—Mentira... —susurró Mayfair, inclinándose hacia la fresca boca que se le ofrecía—. ¡Yo, de fuego!

FIN

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA

en sus series
CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 25 PTAS.



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía Baby, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle...